

RECONQUISTAR AMÉRICA PARA REGENERAR ESPAÑA Nacionalismo español y centenario de las independencias en 1910-1911^{*†}

Javier Moreno Luzón
Universidad Complutense de Madrid

“la actualidad nos brinda con una ocasión alta, solemne, *única* tal vez, de reconocernos, de estimarnos, de afirmarnos como nación y como raza”¹

De conferencias, embajadas y banquetes

En la España de 1910, los círculos hispanoamericanistas vivían momentos de euforia. Cuando el profesor Rafael Altamira regresó de su viaje transatlántico a finales de marzo, después de haber visitado seis países y pronunciado trescientas conferencias, se encontró con un recibimiento apoteósico: en Coruña primero, luego en Santander y en Alicante, las multitudes lo aclamaban, lo abrazaban las autoridades y se sucedían las recepciones, los brindis y los paseos triunfales. Los escolares cántabros arrojaron sobre el héroe flores y ramas de laurel. Sus paisanos alicantinos lo hicieron hijo predilecto, dieron su nombre a una calle y hasta le ofrecieron un escaño en las Cortes. Los periódicos lo llamaban “reconstructor del alma nacional” y hablaban de la “reconquista de América”, casi siempre calificada de moral o espiritual. Intelectuales y políticos aplaudieron sus informes en el Ateneo de Madrid, la Unión Ibero-Americana y la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, tres de las principales instituciones culturales de la capital. Tras pasar por León, el periplo culminó en Oviedo, cuya Universidad le había encargado fomentar el intercambio académico y donde los homenajes se prolongaron durante un mes. Lo que había comenzado como una iniciativa universitaria —“en nobles vísperas del Centenario de la Independencia de la América Española”, según la primera circular del rector ovetense— se había convertido en un acontecimiento político. Para coronar estos éxitos, el rey Alfonso XIII lo condecoró y le concedió dos audiencias, en las que el catedrático republicano relató al monarca las impresiones de su gira y le expuso un completo programa de acción con el fin de multiplicar los vínculos con América, asumido de inmediato por el gobierno. A su juicio, esta bienvenida demostraba que el pueblo español se daba perfecta cuenta de la importancia del problema americano, decisivo para el porvenir de la patria².

Por las fechas en que Altamira volvió a España, la prensa de Madrid especulaba sobre la composición de la embajada extraordinaria que, por orden del ejecutivo, debía acudir a las fiestas del centenario de la independencia argentina, en mayo de aquel mismo año. Tenían que figurar en ella las fuerzas vivas de la política, el pensamiento, las artes, las ciencias y las letras. Se trataba de responder a la invitación, de estar a la altura del evento y de mostrar lo mejor del país. Para encabezarla el rey designó, tras la negativa de su cuñado el infante don Carlos —mal visto por las izquierdas a causa de su

* Publicado originalmente en: *Historia Mexicana* 237, pp. 561-640.

† Agradezco su ayuda a Marcela García Sebastiani, Virginia Guedea, Rodrigo Gutiérrez Viñuales, David Marcihacy y Tomás Pérez Vejo. Este artículo ha sido elaborado en el marco del proyecto de investigación HAR2008-06252-C02-01, del Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

pasado tradicionalista—, a su tía la infanta Isabel de Borbón, hermana de su padre Alfonso XII. Apodada *La Chata*, era uno de los personajes más populares de la familia real y combinaba, en un característico tono aristocrático y castizo, los rígidos rituales cortesanos con numerosas labores caritativas y con la presencia asidua en corridas de toros y verbenas madrileñas. Sus funciones resultaban excepcionales, pues sólo representaba al monarca, no al gobierno. La embajada propiamente dicha la presidía el diplomático Juan Pérez Caballero, un prohombre del partido liberal sin experiencia en los asuntos americanos pero con un notable peso político, que acababa de abandonar la cartera ministerial de Estado al caer el gabinete de Segismundo Moret y formarse el de José Canalejas, su máximo rival dentro del liberalismo dinástico. Premio de consolación que descartaba opciones más brillantes barajadas por los periódicos, como la del orador republicano moderado Melquíades Álvarez o la del jefe conservador Antonio Maura. Por lo demás, la misión se componía de militares y de una síntesis aproximada de la cultura oficial: tras la renuncia del escultor Mariano Benlliure, que pretextó problemas de salud, quedaron el escritor Eugenio Sellés, de la Real Academia Española; el ingeniero e inventor Leopoldo Torres Quevedo, de la de Ciencias; el también ingeniero José Eugenio Ribera, delegado del Ministerio de Fomento; y el pintor Gonzalo Bilbao. Y, a su lado, periodistas de cuatro diarios monárquicos (*La Época*, *El Imparcial*, *La Correspondencia de España* y *Abc*), encargados de divulgar los méritos de la empresa. No embarcaron con ellos representantes de los trabajadores ni tampoco el gran orgullo de la nueva ciencia española, el premio Nobel de Medicina Santiago Ramón y Cajal, como habían propuesto varios opinantes, pero sí lo hicieron, por sus propios medios, mensajeros de algunos ayuntamientos, cámaras de comercio y asociaciones americanistas³.

La acogida que dio Buenos Aires a la embajada de la infanta Isabel causó asombro en los medios españoles, sobre todo en los diarios y revistas ilustradas que consumían las clases medias. Los adjetivos caían en cascada: grandiosa, colosal, delirante, memorable. Las noticias y fotografías certificaban la magnitud de las demostraciones públicas de afecto, el protagonismo de los emigrantes españoles y la relevancia otorgada a la embajadora, siempre en un lugar de honor junto al presidente de la república, José Figueroa Alcorta. Se publicaban detalles sobre los monumentos, las funciones teatrales, los bailes de gala y las paradas militares⁴. No era la primera vez que se enviaba una representación de ese tipo a América, puesto que en 1893 la infanta Eulalia, otra de las tías de Alfonso XIII, había viajado a Chicago para visitar la exposición universal organizada con motivo del IV centenario del descubrimiento. Pero el éxito de su hermana mayor superó todas las expectativas. Lo cual, unido a las constantes presiones de los gobiernos implicados, condujo al envío de tres misiones extraordinarias más a otros tantos centenarios hispanoamericanos: México y Chile en septiembre de 1910 y Venezuela en julio de 1911. A México se mandó al capitán general Camilo García de Polavieja, marqués de Polavieja, de madre mexicana y uno de los militares con más protagonismo en la historia política reciente, que había gobernado las colonias de Cuba y Filipinas antes de 1898 y después se había postulado como espadón regeneracionista, católico y proclive a los intereses catalanes. Para Chile se pensó en el duque de Arcos, un diplomático y antiguo ministro español en Santiago. Y para Venezuela en el conde de Cartagena, nieto del jefe de las fuerzas españolas en aquella guerra de independencia. Una escala descendente que terminó ahí, puesto que no habría más embajadas extraordinarias en América hasta 1920-21, cuando el infante don Fernando, otro cuñado del rey, viajó a Chile para festejar el centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes⁵.

En cualquier caso, el centenario argentino tenía para España una importancia muy superior a la de las otras efemérides americanas. Argentina era la potencia emergente con la que podían surgir más y mejores negocios culturales y mercantiles, y allí residía la mayor colonia de emigrantes españoles del continente. La revolución de mayo se recordó en diversas ciudades peninsulares, normalmente ligadas al comercio ultramarino y con el cónsul argentino al frente de la celebración. Es lo que ocurrió en Barcelona, donde un banquete reunió a entidades económicas, autoridades locales y residentes americanos; en Málaga, que bautizó una calle con el nombre de la república; en Valencia, donde su exposición nacional dedicó una semana a festejarla; y en Vigo, cuya Cámara de Comercio había financiado el viaje de Altamira. En el Salón de Ciento del Ayuntamiento barcelonés, tres mil personas escucharon al escritor hispanófilo argentino Manuel Ugarte. Cádiz, otro puerto que miraba hacia América, descubrió una lápida en homenaje al primer presidente civil de Argentina, Bernardino Rivadavia, en la casa gaditana donde había fallecido en 1845, una idea de la Cámara de Comercio española en Buenos Aires. Desde el punto de vista político, el acto más significativo fue el que organizó en Madrid la Unión Ibero-Americana, un organismo lleno de notables de los partidos gubernamentales –su presidente era el conservador Faustino Rodríguez San Pedro, el director de su revista el liberal Luis de Armiñán—y uno de los pocos que recibía subvenciones estatales. A él asistió el mundo oficial, con el presidente del Consejo de Ministros a la cabeza, a modo de conmemoración conjunta de todos los centenarios americanos. Pero la fiesta más sonada llegó al pasar en junio por España el presidente electo de Argentina y antiguo ministro en Madrid, Roque Sáenz Peña, para el que se preparó un extenso programa de agasajos con el fin de agradecer el tratamiento dado a la embajada en El Plata. Sáenz rodó de banquete en banquete hasta el fastuoso del Teatro Real, donde la crema de la política liberal española –lo organizaba el republicano Miguel Moya, presidente de la Asociación de la Prensa, hablaron Moret y Canalejas—disertó sobre las prometedoras relaciones hispano-americanas. Como colofón simbólico se presentó allí mismo un cuadro vivo del óleo *La fundación de Buenos Aires*, de José Moreno Carbonero, encargado al pintor español por la municipalidad de la capital argentina. La invocación de los orígenes venía a reforzar las perspectivas de futuro⁶.

En realidad, la parafernalia conmemorativa se alimentaba de múltiples redes de contactos entre españoles y americanos, que venían trenzándose desde hacía más de una década y se volcaron en torno al centenario. Aparte de los vínculos comerciales y asociativos, uno de los fenómenos más influyentes era el de los viajes de escritores y artistas a uno y otro lado del océano. Casi todos poseían nexos políticos y dieron testimonio en libros y artículos de su fascinación por la orilla opuesta, así como de su fe en la existencia de una comunidad hispanoamericana. Sin salir de 1910, anduvieron entonces por Argentina el ensayista conservador José María Salaverría, el dramaturgo filocarlista Ramón María del Valle Inclán y la estrella más famosa del panorama literario hispano, el novelista republicano Vicente Blasco Ibáñez; por México y otros países el poeta y parlamentario conservador Juan Antonio Cavestany. El jurista republicano Adolfo Posada siguió los pasos de Altamira en universidades de Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. El pintor y autor teatral Santiago Rusiñol también asistió al centenario argentino. No faltaron voces que denunciaran el exceso de conferenciantes atraídos por las fáciles ganancias, pero lo cierto es que algunos de los citados moldearon la visión de América en la opinión pública española. En sentido inverso, ese mismo año visitaban España escritores nacionalistas argentinos como Ugarte y Manuel Gálvez, portavoces del hispanismo que deseaba penetrar en el alma de la raza. Quien más aplausos cosechó fue su compatriota Belisario Roldán, pues la intelectualidad madrileña

parecía fascinada por su desbordante oratoria castelarina y promovió conferencias y banquetes en su honor. A la del Ateneo en enero asistieron, entre otros, el inevitable Moret, Blasco, el veterano Gumersindo de Azcárate y un joven José Ortega y Gasset⁷.

Además, alrededor de estas manifestaciones crecía el tejido de centros americanistas españoles. Hasta poco tiempo antes, la Unión Ibero-Americana y sus delegaciones habían estado prácticamente solas en su defensa del acercamiento entre España y las repúblicas de habla española, acompañadas tan sólo por algunos entusiastas en provincias como Huelva. Pero ahora sobraban las iniciativas. En Barcelona, un núcleo de profesionales, comerciantes e industriales inspiraba ya desde comienzos de siglo la revista comercial *Mercurio* y, capitaneados por los catalanistas Frederic Rahola y Rafael Vehils, fundaron en enero de 1910 la Sociedad Libre de Estudios Americanistas, nacida con el respaldo de diversos foros empresariales para estimular el conocimiento de América Latina a través de acciones pedagógicas. Al año siguiente, la Sociedad se fusionó con el Club Americano que alentaban los inmigrantes e indianos en la ciudad y formó la Casa de América, uno de los organismos culturales y mercantiles de más largo aliento, cuyos agentes velaron por los intereses de las compañías catalanas durante décadas. En vísperas de otro centenario muy relacionado con América, el de las Cortes de Cádiz, en enero de 1910 comenzó también a funcionar en la ciudad andaluza la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes. En julio apareció el Centro de Cultura Hispano-Americana, patrocinado por el periodista y senador demócrata Luis Palomo, amigo íntimo de Canalejas, que lo concibió como un foco de enseñanza en el que, algo excepcional, participaban unas cuantas mujeres. Como la escritora Blanca de los Ríos, destinada a convertirse en una de las promotoras más activas del hispanoamericanismo reaccionario. Si en septiembre se daba a conocer la Asociación Americanista Valentina, en octubre lo hacía un fantasmal Círculo Hispano-Americano inspirado por el periodista Joaquín Just. De modo que en 1911 pudo celebrarse en Barcelona una multitudinaria asamblea nacional de asociaciones americanistas, mientras Sevilla empezaba a preparar una exposición internacional iberoamericana⁸.

Las conmemoraciones se concebían como ocasiones adecuadas para fortalecer las identidades políticas colectivas, en las que se trazaban genealogías del grupo en cuestión, se actualizaban los discursos que lo singularizaban y enaltecían, se fijaban sus símbolos y se realizaban ceremoniales ritualizados con el fin de cohesionarlo. Cada sector intentaba en ellas imponer su interpretación del pasado y marcar el camino que había de seguirse. Aunque las utilizaran movimientos de clase o de otro signo, estas celebraciones constituyeron uno de los instrumentos favoritos de los nacionalistas, que buscaron aniversarios para exaltar epopeyas y héroes y colocaron fiestas patrias en el calendario. Y no sólo desde los gobiernos nacionales, sino también desde instituciones regionales y locales, asociaciones de toda índole, empresas y proyectos individuales⁹. El centenario de las independencias americanas en 1910 no fue una excepción, y en él se usaron las formas conmemorativas características de la época. Unas propias de las élites, como la conferencia, el libro y el artículo del intelectual, erigido al cambiar el siglo en intérprete de cuanto ocurría; o el banquete en el que las minorías dirigentes comulgaban con el ideal. Otras abiertas a un público más amplio pero mero espectador, como los desfiles militares y las inauguraciones de lápidas y monumentos que consagraban los valores comunes; o con una mayor participación popular, más o menos espontánea, como las procesiones cívicas y las concentraciones en que se contabilizaban las fuerzas disponibles. En ellas se buscaba la adhesión emotiva, el estímulo de los sentimientos de pertenencia a la nación, a través de los himnos, las banderas y los vivos.

De hecho, las conmemoraciones se convirtieron en un rasgo substancial del nacionalismo en la transición de la política de notables a la política de masas.

El papel de España en esta conmemoración resultaba ciertamente peculiar, incluso paradójico. No sólo porque estuviese ubicada a miles de kilómetros de su epicentro y se hiciera presente en ella a través de medios indirectos, como las embajadas o las actividades de los emigrados, invitada más que protagonista. Sino también porque, después de todo, los festejos recordaban el comienzo de rebeliones que habían desembocado en la emancipación de sus colonias. Incluso podían ser contraproducentes, si resucitaban viejos odios y agravios. José Canalejas señaló, en su discurso ante la Unión Ibero-Americana, que no solían entregarse los pueblos a conmemorar las derrotas y enaltecer las desdichas. Olvidaba el jefe liberal un ejemplo muy cercano, el del catalanismo, que llevaba unos años celebrando su fiesta nacional, cada 11 de septiembre, en memoria de la debacle catalana ante las tropas del rey Felipe V en 1714. En el caso de los centenarios americanos la evocación no llegó tan lejos y tampoco despertó rencores, pero sí que dio lugar a una efusión nacionalista, de puro españolismo, en la cual confluyeron tres actores principales: un movimiento político en auge, el hispanoamericanista, con diversas expresiones en la sociedad civil y discursos cruzados en defensa de la historia, el presente y el futuro de la dimensión oceánica de España; la voluntad de reafirmarse de las colectividades de emigrantes españoles en América; y una política exterior que, aún renqueante, apostaba por la mejora de las relaciones con las repúblicas hispanas como forma de realzar la presencia del estado español en el mundo. Lo que el viejo luchador americanista Rafael María de Labra, encantado con las conmemoraciones, llamaba “asegurar la personalidad internacional de España”¹⁰.

Estuvieran dirigidos hacia dentro o hacia fuera de las fronteras españolas, en los mensajes de 1910 predominaban los tintes españolistas. Las diversas voces implicadas alababan hasta el éxtasis las virtudes de la patria, su pasado y su cultura, se regocijaban con las tendencias hispanistas que exhibían por entonces algunas élites americanas y promovían el crecimiento de la influencia española en Ultramar. La apoteosis de Altamira sólo podía explicarse por esa necesidad de afirmación nacional. En los vítores que escuchaba la infanta en Buenos Aires se percibía sobre todo el aprecio por un símbolo de España, que electrizaba a los más entregados. Los floridos parlamentos de Roldán sonaban bien porque declaraban su amor al idioma, a la bandera y al arte españoles. Y los halagos a Sáenz Peña no podían desligarse de un hecho crucial: cuando España había afrontado la desgraciada guerra contra los Estados Unidos de 1898, el prócer argentino había defendido a la *madre patria* frente al coloso anglosajón¹¹. En definitiva, los centenarios americanos, no buscados y conflictivos en potencia, fueron bienvenidos por un nacionalismo español empeñado en la tarea de regenerar España después del *Desastre*.

Españolismo hispanoamericanista

Los centenarios llegaron cuando apenas habían transcurrido doce años desde la pérdida por parte de España de sus últimas colonias en América y Asia –Cuba, Puerto Rico y Filipinas—y del consiguiente desencadenamiento de una aguda crisis de identidad nacional. El fin de aquel imperio, en una época marcada por el reparto de extensas regiones del mundo entre las grandes potencias, se unió a la humillación de las batallas con Estados Unidos, que barrieron en tan sólo unos meses el dominio español. Las élites intelectuales y políticas entonaron –o acentuaron entonces—lamentos acerca del atraso y la atonía del país, diagnósticos que señalaban los llamados *males de la*

patria y proponían remedios para superarlos. La catástrofe ultramarina, que enseguida se conoció como *el Desastre*, constituía el último síntoma de un proceso de decadencia económica y política que se atribuía a causas muy variadas. Algunas inevitables, como las biológicas y las geográficas, pero la mayoría relacionadas con algún defecto cultural o político que debía atajarse con urgencia. Así florecieron múltiples proyectos de regeneración, más o menos fundados y con frecuencia contradictorios, que recorrieron todo el arco ideológico y que a menudo rechazaban, por corrupta, la política al uso. Si unos reclamaban la revolución que acabase de un golpe con el tinglado clientelar de quienes gobernaban bajo la monarquía constitucional, otros proponían reformas graduales que fomentaran el desarrollo económico, luchasen contra el analfabetismo y proporcionaran ilusión a los españoles. Esta marea *regeneracionista* inundó la primera década del siglo XX¹².

Los regeneracionismos eran, en su mayor parte, formas de nacionalismo español. Al menos en dos sentidos: por su patriotismo o devoción hacia España, cuya pujanza situaban por encima de cualquier otro horizonte; y como movimientos dirigidos a integrar a toda la sociedad bajo premisas nacionales, a nacionalizarla, bien mediante acciones particulares o bien a través de políticas públicas. Eran tiempos de incertidumbre, en los que las empresas nacionalistas resultaban acuciantes. No sólo por la crisis del 98, sino también por el alza de las tensiones sociales, preñadas de amenazas para el orden establecido, y por el surgimiento, alrededor del Desastre, de organizaciones políticas que se decían portavoces de otras nacionalidades o pueblos dentro del mismo estado, como las de los catalanistas y nacionalistas vascos que ponían en duda la unidad y hasta la existencia de la nación española. Quienes se expresaban en público como intelectuales, con la intención de servir de guías a sus conciudadanos, incluso los que no creían en recetas salvadoras de ninguna clase, se dedicaban a buscar las esencias nacionales, los rasgos inconfundibles del *Volksgeist* español, fuera en el paisaje, en la psicología o en las artes. Pero los escritores o políticos regeneracionistas pensaban, más allá, en convencer a los españoles de que lo eran y en unirlos en torno a algunos proyectos que galvanizaran sus energías e hiciesen a España resurgir de sus cenizas. Sus preocupaciones tiñeron la cultura política del periodo, se transformaron en lugares comunes que se repetían en los círculos más activos del país¹³.

Estos afanes regeneradores, como los de cualquier otro nacionalismo, incluían una mirada recurrente al pasado. Para fortalecer la identidad nacional había que seguir la trayectoria de la patria desde sus orígenes más remotos, recordar sus vicisitudes y epopeyas, honrar a sus grandes hombres e inspirarse en sus hazañas de cara al futuro. La patria, siempre idéntica a sí misma, era tan antigua como admirable. Al igual que en otros países europeos y americanos, esa pasión historicista provocó en España la celebración de numerosos centenarios en los últimos años del XIX y los primeros del XX, una *conmemoracionitis* de la que fueron muy conscientes los contemporáneos. Como el editorialista del diario republicano *El País* que, en marzo de 1910, se quejaba del exceso de tales celebraciones¹⁴. Las dos más importantes en los primeros lustros del Novecientos fueron el tricentenario de la publicación de *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, en 1905, consagración de la obra cervantina como síntesis de lo español; y el prolongado centenario de la llamada Guerra de la Independencia, compuesto por decenas de manifestaciones locales del orgullo de haber participado en la lucha por la libertad nacional frente a la invasión francesa de 1808-1814. El culto a los héroes y heroínas del levantamiento contra Napoleón, aunque provocase discusiones sobre cuáles habían sido sus motivos más hondos, católico-monárquicos o liberales, daba alas a la fe en la resurrección de un pueblo tan fuerte, capaz de sacrificios increíbles y de vencer al mayor ejército de su época. Cuando se cumplían cien años de

los primeros gritos independentistas en América, los ecos de la independencia española aún no se habían apagado, pues quedaban aún algunos hitos por recordar, como los de las Cortes de Cádiz, reunidas en 1810 y autoras de la primera Constitución hispana, la de 1812. Todos ellos formaban parte del mismo ciclo¹⁵.

No cabía concebir un caldo de cultivo más propicio a la acogida favorable de las corrientes hispanófilas que venían de América. Piénsese, por ejemplo, en el *Ariel* (1900) del profesor uruguayo José Enrique Rodó, ensalzado por intelectuales españoles a quienes reconfortaban sus exhortaciones acerca de “una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia”; o en la estela del poeta nicaragüense Rubén Darío, que ponderó durante sus estancias en Madrid la capacidad para recuperarse del pueblo español. La búsqueda de raíces hispánicas en las identidades nacionales o transnacionales americanas, cada vez más crecida en el cambio de siglo y que tanto contrastaba con la hispanofobia que había recorrido el continente en el XIX, alimentó al americanismo en España. Tras esta nueva querencia por la vieja metrópoli alentaban fenómenos similares a las pulsiones españolistas contemporáneas, que o bien prolongaban el positivismo científico decimonónico o bien componían una reacción antipositivista que buscaba los resortes espirituales de la nacionalidad. Si la desaparición de España del mapa americano facilitaba este acercamiento a la bautizada como *madre patria*, ahora desvalida pero recipiente aún de valores imperecederos, los españoles que trataban de superar el 98 adaptaron y reformularon los mismos tópicos para consumo interno. Como se vio en el centenario de 1910, los nacionalistas de ambos lados del Atlántico habían encontrado un terreno común¹⁶.

En la España posterior al Desastre, y al menos hasta la Gran Guerra, buena parte de los impulsos americanistas procedió de la izquierda liberal, sobre todo de los monárquicos y los republicanos templados que confluían en los ámbitos *institucionistas*, es decir, cercanos a la Institución Libre de Enseñanza. A ellos pertenecían Moret, Labra, Altamira y Posada, por citar tan sólo unos cuantos nombres. No obstante, y al contrario de lo que sucedía en otros terrenos más sensibles para el nacionalismo español, como las opiniones sobre el mito fundacional de la Guerra de la Independencia y su hijuela las Cortes de Cádiz, el americanismo se apoyaba en un acuerdo básico entre los medios confesionales y los liberales. Ambos sectores chocaban en 1910 a propósito de la apertura de las escuelas laicas, de la tolerancia hacia los emblemas religiosos no católicos y del control estatal de las congregaciones, pleitos que condujeron a la práctica interrupción de las relaciones diplomáticas entre el gobierno de Canalejas y la Santa Sede. Sin embargo, los adversarios convivían sin roces en los centros hispanoamericanistas, donde andaban codo con codo los adalides de la libertad de conciencia con los discípulos de Marcelino Menéndez Pelayo, el primer intelectual del catolicismo españolista. Unos y otros compartían visiones similares a propósito de los vínculos entre España y América y la conveniencia de estrecharlos, aunque discreparan acerca del peso de la fe o acentuasen, respectivamente, los aspectos prospectivos y los retrospectivos del movimiento. Tampoco había una división nítida entre aficionados a la retórica y gentes prácticas, puesto que hasta los miembros de las sociedades mercantiles abusaban del *lirismo*. La unidad del discurso nacionalista, todavía sin decantar hacia uno u otro lado, tapaba la mayoría de las diferencias.

Este discurso, en lo que a América atañía, se cimentaba en una convicción muy extendida: existía, al menos en potencia, una comunidad que agrupaba a España y a sus antiguas colonias, unidas por unas cuantas señas de identidad. Esa comunidad imaginada se denominaba casi siempre *la raza*, apellidada de forma un tanto equívoca como española, hispana, latina o hispanoamericana. Y, ¿en qué consistía esa raza?

Desde luego, en una cultura o una civilización, caracterizada por determinados valores y formas de vida, por una manera singular de ver el mundo. Algo que podía comprenderse dentro de la búsqueda, muy en boga entonces, de una psicología particular para cada pueblo: españoles e hispanoamericanos, a despecho de su heterogeneidad, discurrían y actuaban del mismo modo, con idénticos defectos y virtudes. Pero la raza también era una estirpe, algo así como una gran familia amalgamada por lazos de sangre, resistentes a los altibajos de la historia política. Un árbol con ramas nacidas de un solo tronco. Podía tratarse de un embrión o de una realidad pujante. Como mínimo, ahí había —en palabras de Posada— “un fermento étnico”, o —según Altamira— “cosas que estaban dormidas y latentes, deseando un motivo para expresarse”. Una base sobre la cual construir, en ocasiones como la que proporcionaban los centenarios, un poder internacional en el que España había de tener un lugar destacado¹⁷.

Las fuentes de la raza se hallaban en las experiencias históricas compartidas, en la religión y, preferentemente, en la lengua. En opinión de muchos, comenzando por el muy escuchado Miguel de Unamuno, el idioma era “la sangre del espíritu”: aunque no lo supieran, los americanos que hablaban en español también pensaban y sentían en español, encorsetados por una mentalidad única. Un rasgo que resaltaban con especial ahínco los intelectuales institucionistas, cuyo organicismo los aproximaba a sus colegas americanos. Como el propio Altamira, muy influido por una concepción orgánica y cultural, a la alemana, de la nación. Dado que el lenguaje moldeaba la patria, algunos observadores españoles decían no sentirse extranjeros en Valparaíso o en La Plata. Dentro de la inquietud ya mencionada por hallar el núcleo del alma nacional, la lengua castellana se convirtió en el estandarte preferido del españolismo, Cervantes en su profeta y el *Quijote* en su texto sagrado. Frente a los desafíos externos, como la reivindicación de idiomas propios en algunos países americanos, que se dieron de bruces con el mantenimiento de la pureza y la unidad idiomáticas que asumió la Real Academia Española con ayuda de academias correspondientes en América. Pero también contra los internos, pues ante las demandas catalanistas se enarbolaba la superioridad de una lengua, la castellana, que usaban setenta millones de personas. Pese a no guardar relación aparente con América, la figura de Cervantes fue idolatrada por el hispanoamericanismo, que, tras el centenario quijotesco de 1905, comenzó a preparar el del fallecimiento del genio en 1916¹⁸.

La raza era grande, pero no sólo precisaba cuidados sino que también corría peligro de verse vencida por otras razas rivales. Se recelaba de los influjos francés, inglés, alemán e italiano. Y se temía sobre todo el de Estados Unidos. La derrota de 1898 fue acompañada por la difusión de las teorías pseudodarwinistas que afirmaban la inferioridad de los pueblos latinos frente al auge de los anglosajones. Las *living nations* y las *dying nations* que había mencionado el primer ministro británico lord Salisbury en un célebre discurso. En cuanto al continente americano, semejante planteamiento no necesitaba de pruebas muy rebuscadas, puesto que a la guerra de Cuba habían seguido constantes intervenciones estadounidenses en Centroamérica. Los congresos panamericanos inquietaban a los diplomáticos españoles y a los ensayistas que advertían del riesgo de deshispanización de América. Así, las llamadas a la unidad entre los países hispánicos mostraban, a ambos lados del océano, una gran desconfianza hacia “los modernos romanos del Norte”. La misma definición de la raza en términos culturales se hacía por contraposición con los rasgos que, al parecer, prevalecían en Estados Unidos: siguiendo a Rodó, se daba por supuesto que los hispanoamericanos, como los españoles, eran desinteresados y espirituales, mientras que sus antagonistas se dejaban llevar por el materialismo y una mediocridad niveladora. La hidalguía, una mezcla de honor y generosidad que la España eterna había inoculado a sus colonias, encarnaba las

peculiaridades de lo hispánico. Tanto se extendió esa contraposición entre desprendimiento idealista y vacías metas materiales que la emplearon los mismos círculos empresariales que deseaban hacer negocios con América. Coincidiendo con el centenario, Rahola declaraba, no sin un matiz levantino, que “la Argentina, y con ella toda la América latina, será depositaria de la civilización mediterránea, impulsora del espiritualismo que ha de contrarrestar el avance del sentido positivista y material de la civilización norteamericana”¹⁹.

Dentro de la comunidad hispanoamericana en construcción, España podía presentarse como uno más de sus miembros, a fin de no herir susceptibilidades entre los posibles socios. El enunciado de una relación de igual a igual salpicaba los textos de muchos liberales, conscientes de las limitaciones españolas y del recelo de algunos sectores de opinión en Ultramar. Por ejemplo, el decreto que nombraba embajadora a la infanta Isabel hablaba de las “repúblicas hermanas hispanoamericanas”²⁰. Sin embargo, para los españolistas de cualquier signo era muy difícil renunciar a un puesto preeminente en aquel concierto. No en vano consideraban a España la primogénita del clan o, más a menudo, la madre de una veintena de hijas. La comparación materno-filial dominaba la literatura del centenario, tanto en España como en América, lo cual incitaba a las apropiaciones identitarias. Para empezar, la madre debía enorgullecerse de los triunfos de su descendencia, una recomendación frecuente entre los viajeros asombrados por el desarrollo económico argentino. Pues se obviaba la diversidad de las realidades americanas y se las enjuiciaba a través de Argentina, *nación de moda* y futura reedición de Estados Unidos. En las crónicas y reportajes, Buenos Aires se comparaba con Madrid para decir que todo —las avenidas y plazas, los edificios, los transportes— era parecido pero mucho mayor, parangonable al París que los españoles solían usar como vara de medir su propia capital. Lo americano era español, de modo que sus logros eran nuestros, y España se consolaba de la pérdida de sus grandezas con la contemplación de las de sus retoños. Los más desinhibidos, como el conservador Salaverría, no podían evitar además un deje de superioridad al juzgar que “la América es un apéndice espiritual de España”²¹.

El nacionalismo americanista español estaba rodeado a la vez por un halo de ansiedad, pues el cultivo de la vertiente atlántica de España se presentaba como una herramienta imprescindible para asegurar la viabilidad de la nación y su papel en el mundo. A juicio de Altamira, América era “la última carta que nos queda por jugar en la dudosa partida de nuestro porvenir como grupo humano”. El mismo Salaverría pensaba que España vivía tan sólo del prestigio que le daba su influjo cultural, y que si éste faltaba se vería reducida a ser una nueva Turquía, otro enfermo de Europa²². Nadie proponía nuevos esfuerzos político-militares, pues bastante tenía el gobierno español con ocupar la estrecha franja territorial que le habían asignado en el norte de Marruecos. Pero los americanistas sí imaginaban aquella comunidad racial como un gran imperio moral, en el que la nación española se expandiría y compensaría la pérdida de su estatus imperial. La sensación de continuidad que otorgaban la lengua y los juegos de palabras sobre madres e hijas permitía soñar con metas elevadas. La raza se describía como una super-España, como una *patria mayor*, en términos del político conservador Joaquín Sánchez de Toca. Los portavoces de los emigrantes españoles en Argentina compartían esa visión de una España ensanchada, con doce millones de kilómetros cuadrados. Algunos predecían además la emergencia de una confederación que, contando con España, desafiaría el poderío de los norteamericanos y, tal vez, vengaría las heridas del 98. En todo caso, allí se ventilaban los destinos nacionales. El acercamiento a América podía albergar fines comerciales, culturales o de política exterior, pero representaba ante todo una inyección de autoestima para los españoles interesados por estas cuestiones²³.

Para que este acercamiento tan prometedor funcionara, había que cambiar la imagen de España en Ultramar, lo cual preocupaba intensamente a la intelectualidad liberal. En 1909, el gobierno conservador de Maura había permitido que se ejecutara al famoso pedagogo ácrata Francisco Ferrer, acusado injustamente de haber intervenido en la llamada *semana trágica*, una huelga contra la guerra de Marruecos devenida en motín anticlerical. Las protestas de los librepensadores de todo el mundo contra esta iniquidad habían resucitado el fantasma de la España inquisitorial y reaccionaria, que reforzaba los peores estereotipos acerca de su atraso y su proverbial intolerancia. Contra ellos, viajeros como Altamira y Posada, igual que los participantes en los centenarios americanos o los líderes de la emigración, trataron de levantar una fachada distinta, la de una España moderna y progresiva, en sintonía con la Europa avanzada, que si por un lado trabajaba de acuerdo con la razón y la ciencia, por otro se liberalizaba y caminaba hacia la democracia. Las evidencias de este nuevo rumbo se encontraban en el nivel alcanzado por su alta cultura —por sus catedráticos, investigadores y artistas— y en las políticas estatales que mejoraban la vida de los trabajadores, como las que exhibía el gobierno liberal de Canalejas. De hecho, los intelectuales institucionistas reseñaban en América las exitosas experiencias educativas de su escuela pedagógica y el funcionamiento del Instituto de Reformas Sociales, un organismo técnico oficial creado en 1903 que escuchaba a patronos y obreros antes de recomendar al ejecutivo medidas intervencionistas sobre condiciones laborales y sistemas de previsión. En esos ámbitos, España iba por delante y tenía mucho que enseñar a sus hermanas o hijas del otro lado del océano²⁴.

Al mismo tiempo, los hombres de izquierda confiaban en América como motor de una más ancha apertura de España al progreso, de una regeneración completa. Argentina —una vez más se tomaba la parte por el todo— era el ejemplo de lo que podía hacerse en la Península Ibérica. El contacto con repúblicas parlamentarias que habían resuelto los contenciosos con la Iglesia a favor del estado tenía que repercutir en la madre patria, bien dentro de la monarquía o bien avanzando hacia un improbable régimen republicano. La corona, pasado el turbián ferrerista, se avenía bien con quienes estaban dispuestos a olvidar durante un tiempo sus ideales democráticos para respaldar una solución monárquica al estilo de Gran Bretaña o de Bélgica. Los favores del rey a Altamira, que en 1911 sería nombrado primer director general de Primera Enseñanza, así lo apuntaban. Como lo hacía el incremento del número de republicanos ganados para la causa del nuevo liberalismo de Canalejas, secularizador y social. Pero el republicanismo insobornable no renunciaba a subrayar que los avances americanos se habían producido gracias al eclipse de una institución tan anticuada y derrochadora como el trono, y, en algunos casos, por la adopción de un modelo federal²⁵.

El centenario se contemplaba pues como un nuevo comienzo, o como un paso más hacia un futuro luminoso. “Una epifanía del porvenir”, decía el *Mercurio*. El presidente del gobierno español no perdía oportunidad de recomendar que se mirase hacia adelante. Pero, como toda conmemoración, la de las independencias obligaba a elaborar algún relato sobre el pasado que se traía a colación en el presente. Las alusiones al legado español, que se reivindicaba cuando se definía la raza, demandaban un juicio positivo, o por lo menos matizado, sobre la época colonial. Los españoles no podían olvidar la mayor epopeya de su historia, o, en el estilo arcaizante de Blanca de los Ríos, *desnacerse* de sus glorias. “Si tenemos derecho a acariciar para el porvenir un sueño de grandeza ha de ser, sobre todo, en relación con lo más grande que en el pasado hicimos, con lo más grande que ha hecho pueblo alguno en el mundo”, escribía el republicano Luis de Zulueta²⁶. Eso implicaba repudiar lo que terminaría llamándose *leyenda negra* americana, es decir, los ataques a la colonización española, tenida por

sanguinaria por una amplia literatura que provenía del siglo XVI. Ahí estaban la extensión de la fe cristiana, el eje de la acción española según los católicos, o la impecable justicia de las leyes de indias. El padre Las Casas, denunciante del maltrato a los indios, pasaba por un mentiroso, exagerado cuando menos, aunque también se invocaba como ejemplo de la piedad hispánica. El historiador Altamira emitía una opinión muy ponderada, confiando en que la crítica documental desmintiera los excesos atribuidos y nunca probados. Pero, en general, se defendía sin fisuras lo hecho por los conquistadores, comparándolo con sus equivalentes los colonos anglosajones de Norteamérica: en consonancia con sus respectivas características raciales, los españoles habían perseguido la gloria más que el oro, se habían concentrado en tareas religiosas y benéficas, mientras que los ingleses sólo habían seguido su instinto económico y depredador. La prueba máxima de este contraste se encontraba en el mestizaje, posible en Hispanoamérica y ausente en la América sajona: cualesquiera que hubiesen sido sus excesos, el beso de un hidalgo castellano a una mujer india lo redimía de culpa. Lo cual no implicaba aprecio alguno por las culturas prehispánicas, menos aún por los indígenas modernos, invisibles o menospreciados. Lo que importaba es que España había liberado a América de la ignorancia y la barbarie. Otro republicano, el periodista Antonio Zozaya, interpretaba el cuadro de Moreno Carbonero como una enseñanza para los argentinos en el centenario: “Unos cuantos guerreros bastaron para daros la civilización, la fe y el lenguaje. Otros cuantos se atreven todavía a abriros el sendero de la idealidad”²⁷.

Y así se llegaba a las independencias, objeto central de las conmemoraciones de 1910 y 1911. La incomodidad que podía producir el recuerdo de batallas y derrotas se evitaba con una estrategia tan sorprendente como repetida: españolizar la emancipación. Las guerras entre realistas y criollos se contaban como guerras civiles entre españoles, pues españoles habían sido los de uno y otro lado, con nacidos en España en ambos bandos, e incluso se tenían por más españoles los contrarios al imperio, dado que los ejércitos vencidos se habían nutrido de indios y los vencedores de gentes de estirpe hispana. Podía darse un paso más, siguiendo la estela marcada por algunos hispanistas americanos, y entonces los libertadores —incluido Simón Bolívar, que Unamuno veía como un nuevo don Quijote— se convertían en los verdaderos españoles, herederos de los conquistadores por su valor, su audacia y su entrega a una causa justa. Después de todo, antes de liberar la América austral, el general José de San Martín había peleado por la libertad española en la batalla de Bailén, la primera derrota de Napoleón, lo que vinculaba ambas epopeyas. Estos razonamientos desembocaron en un curioso culto a las figuras de la independencia americana, que llenó de estatuas los parques españoles en décadas posteriores. En 1910, algunos peninsulares se sumaban a otra tesis añadida, la que afirmaba que los rebeldes americanos no se habían vuelto contra España sino contra la tiranía, contra una monarquía absorbente y centralizadora —a juicio de los catalanistas que invitaban a Ugarte para confirmar estos términos— o absoluta por naturaleza como pensaban los republicanos. En el Buenos Aires de 1810 se había reunido el cabildo libre, secuela de las libertades medievales asfixiadas en Castilla y Aragón por las dinastías de Austrias y Borbones. Los perdedores de las historias que relataban regionalistas o liberales se habían tomado la revancha en América²⁸.

De todos modos, lo ocurrido cien años antes se echaba al olvido, se perdonaba en pro de una reconciliación total entre la madre y las hijas que, después de haberse empeñado en marcharse de casa contra la voluntad materna, se aproximaban de nuevo a su progenitora. Porque los lazos de sangre no se habían roto. En las representaciones del centenario argentino, una mujer coronada saludaba o daba la mano a otra tocada con el gorro frigio. Las independencias no habían sido sino procesos naturales en todas las

familias, como un parto o la salida del hogar paterno para formar uno propio. El centenario venía a certificar ese paso, pues la plenitud de la emancipación filial no se alcanzaba hasta que el padre la sancionaba con su bendición. En el manifiesto que daba la bienvenida a la infanta en Buenos Aires, la comisión de los inmigrantes españoles lo afirmaba con contundencia: “Es ley invencible de la maternidad, en las naciones como en los individuos, que la entraña materna sea desgarrada en las contracciones espasmódicas del alumbramiento (...). Pero es ley igualmente de la naturaleza que ese dolor, inseparable de la maternidad, sea el fundamento primero de la gran piedad de las madres”²⁹. Ese símil, reiterado una y mil veces en los más variados entornos, silenciaba con un lenguaje pseudocientífico posibles conflictos, ratificaba la aproximación internacional y dotaba a España del rango que requería el nacionalismo hispanoamericanista.

Patriotas de Ultramar

La participación de España en las conmemoraciones americanas dependió, en buena medida, de la magnitud e importancia de las colonias españolas residentes en cada país. Los diplomáticos de las legaciones, ocupados en controlar las actividades de los inmigrantes, representaron también un papel significativo, pero la mayoría de los actos conmemorativos se sostuvo, de una manera o de otra, en las asociaciones integradas por españoles y en la capacidad de sus dirigentes. En Colombia, que celebró su centenario en julio de 1910 y contaba con una de las élites políticas más hispanófilas de América, la escasez de españoles —el ministro calculaba que en Bogotá había sólo treinta y dos— redujo el protagonismo de España a un nivel modesto³⁰. Y es que el principal acicate para aquellas manifestaciones se hallaba en la necesidad de afirmarse de las colectividades, de reforzar su cohesión interna y hacerse más visibles e influyentes ante los países de acogida. El éxito de esta conmemoración, como el de otras muchas, estuvo ligado al relieve de los actores interesados en hacer de ella un instrumento para fortalecer su propia identidad, y la inmigración española, aunque compleja y heterogénea, acentuó en la coyuntura de 1910 su propios discursos nacionalistas, bien afinados en mitad del hispanoamericanismo ambiente.

En América, las migraciones hispanas contemporáneas tenían ya una larga historia, con un flujo que había comenzado a notarse en los años sesenta y setenta del siglo XIX y se había acelerado de manera muy rápida al iniciarse el XX. En realidad, el centenario coincidió con un pico en los viajes, el de los años 1904-1914, sólo interrumpido por la guerra mundial. Durante ese periodo álgido abandonaron España, que tenía casi veinte millones de habitantes en 1910, entre un millón y medio y dos millones de personas, la mayor parte —entre 1,3 y 1,5 millones— rumbo a América. Se trataba de una incorporación tardía a la oleada migratoria procedente de la Europa del este y del sur, que desde el último tercio del Ochocientos había tomado el relevo de la anterior, con origen en la Europa septentrional y central. Los españoles se dirigieron sobre todo a algunos países, como Argentina, Cuba y, a gran distancia, Brasil y Uruguay. México y Chile quedaban muy por detrás en esta lista. Cuba se recuperó pronto del bajón que había sufrido a causa de la guerra del 98, pero, como imán para quienes buscaban oportunidades lejos de casa, Argentina no tuvo competencia: la ingente oferta de empleos de aquella economía en auge parecía irresistible. Entre 1904 y 1914 arribaron a ella más de 900.000 españoles, unos 120.000 sólo en el año del centenario³¹.

En los países donde vivieron con mayor intensidad las celebraciones de 1910 – Argentina, México y Chile—, las colonias españolas reunían algunas trazas comunes. Por ejemplo, su asentamiento preferente en las ciudades, a despecho de los planes repobladores de los distintos gobiernos, concebidos para el campo; su dedicación a los sectores comerciales, en sus diversas ramas y oficios; y la existencia en su seno de élites sociales ya consolidadas que, en estrecho contacto con las autóctonas, encabezaban un tejido asociativo variopinto pero bastante articulado. En Argentina, la colectividad estaba integrada, según el censo de 1914, por 830.000 personas, unas 300.000 de ellas en Buenos Aires, que según las cifras oficiales de 1909 albergaba tan sólo a 174.000 españoles para un total de 1.200.000 habitantes. Sea como fuere, resultaba inmensa. En México, para 1910 puede afirmarse que la colonia no pasaba de los 30.000 miembros, mientras que en el Chile de 1907 rozaba los 19.000. La española era la principal entre las europeas en Chile y entre todas las extranjeras en México, mientras que en Argentina sólo se situaba por detrás de la italiana. En la Venezuela que festejó su centenario en 1911, los enviados españoles calculaban entre 15.000 y 20.000 residentes³².

Así pues, la colectividad española en Argentina era, sin duda, la más voluminosa y complicada de América. En Buenos Aires, donde se concentraron los actos del centenario, los ciudadanos de la madre patria se acumulaban en el centro urbano y sobresalían por su dedicación al comercio, el periodismo, las librerías y la enseñanza – sectores en los que el fácil manejo de la lengua y la relativa alfabetización les favorecía frente a sus competidores—, algunas industrias y, sobre todo, el servicio doméstico. La estructura asociativa del grupo estaba dominada por los profesionales y empresarios llegados ya en el siglo XIX, cuyos líderes formaban una densa red que controlaba unas cuantas grandes instituciones, algunas de las cuales figuraban entre las más potentes de Suramérica: las asistenciales, como la Asociación Española de Socorros Mutuos –que gestionaba pensiones y ayudas—y la Sociedad Española de Beneficencia --administradora del Hospital Español—; las económicas, como la Cámara de Comercio – el único organismo que, por su carácter oficial, recibía fondos del gobierno de Madrid— y diversas entidades financieras, entre ellas el enorme Banco Español y del Río de la Plata, con cientos de sucursales; las transversales, como el Club Español, centro de sociabilidad elitista, y la Asociación Patriótica Española; y periódicos encabezados por *El Diario Español*, el de mayor difusión. De sus filas, bien relacionadas con las clases dirigentes argentinas, salieron los protagonistas del centenario. Y a ellas había que añadir una miríada de sociedades –benéficas, recreativas—y publicaciones locales, provinciales y regionales, que alcanzaban a un amplio número de inmigrantes y que, a salvo de rivalidades ocasionales, organizaban a sus miembros de forma subsidiaria³³.

En México, el núcleo de la colonia estaba formado por hombres de negocios con intereses en el comercio y otros muchos sectores, como los bancos, el textil y las tabacaleras. Uno de sus rasgos característicos era la inmigración en cadena dentro de las propias empresas familiares, con gran frecuencia tiendas de ultramarinos o abarrotes, que podían también implicarse en préstamos y empeños y albergar economatos o tiendas de raya de fábricas y haciendas. En algunos lugares, como Puebla, los españoles ejercían un auténtico monopolio mercantil. Sus principales instituciones, semejantes a las de Argentina pero de un alcance menor, eran la Cámara de Comercio, la Sociedad Española de Beneficencia, con asilo y hospital, y el Casino Español de la capital, de donde emanaron las iniciativas del centenario. Sus jefes disfrutaban de inmejorables vínculos con los gobernantes mexicanos bajo la dictadura de Porfirio Díaz, que fomentó la llegada de españoles –blancos y católicos—y protegió sus inversiones³⁴. En Chile, su densidad organizativa era mucho menor pero su perfil profesional se parecía, más

acentuado incluso hacia el comercio, y la imagen del español equivalía a menudo a la del prestamista o agenciero. Contrastaba la mala fama de estos españoles en ambos países, extendida entre quienes sufrían los abusos del crédito, con las fantasías hispanistas acerca de la generosidad y el espiritualismo de los hidalgos. En Venezuela, destino de campesinos pobres de las Islas Canarias, la colonia se hallaba mucho menos estructurada³⁵.

Las asociaciones españolas más poderosas compartían un pétreo discurso nacionalista, enfatizado cuando la patria se veía en peligro. Durante la guerra colonial de Cuba, contra la opinión favorable a los insurgentes que reinaba en América, algunas ofrecieron ayuda económica y militar a la metrópoli. En México, las fuerzas vivas de la colonia formaron juntas patrióticas para enviar dinero, víveres y mulas al ejército español. En Buenos Aires nació en 1896 la Asociación Patriótica Española, entre cuyos fines fundacionales figuraba el auxilio a la patria, la defensa de su buen nombre, la repatriación de inmigrantes y la confraternidad con los americanos. Su primer logro consistió en regalar a la armada española un crucero de combate, el *Río de la Plata*, y después promovió el auxilio a los damnificados por inundaciones e incendios en España, montó juegos florales y hasta una expedición para liberar a un compatriota preso por los indios del Chaco. La Patriótica mantuvo viva la llama del hispanoamericanismo y, bajo la presidencia del institucionista republicano Antonio Atienza, dio a conocer en la revista *España* a los intelectuales que representaban ese nuevo país redimido por la cultura con que soñaban los liberales españoles. Hasta que un desfalco la puso en cuarentena en vísperas del centenario. En ambos países se orquestaron suscripciones para socorrer a las víctimas de la campaña de Melilla, la que había desencadenado la *semana sangrienta* de 1909, y se presentaron voluntarios para reconquistar el terreno perdido al eterno enemigo musulmán, aunque sólo unos cuantos lograron luchar en Marruecos³⁶.

La naturaleza españolista del asociacionismo en Ultramar se puso de manifiesto de otras muchas maneras. Por ejemplo, a través de la arquitectura de sus sedes, para las cuales se escogían estilos acordes con el casticismo imperante, como el neoplateresco o *renacimiento español*. O sus conmemoraciones: algunas tradicionales, como el cumpleaños del rey en las legaciones o el día de la virgen de Covadonga entre los avecindados en México; y otras nuevas, como el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento, promovido por la Patriótica de Buenos Aires. Y en especial el Dos de Mayo, que la prensa inmigrante concebía como la rememoración obligada de las inagotables energías patrias y santificaban algunos centros. Pocas semanas antes del centenario argentino, *El Diario Español* enlazaba en sus páginas tres Dos de Mayo igualmente patrióticos: el de 1808, el de 1866 —es decir, el bombardeo del Callao, en Perú, por el almirante Casto Méndez Núñez, durante una ruidosa campaña de prestigio—y, cómo no, el de 1898, cuando se conoció el hundimiento de la flota española en Filipinas. Esta afición por las efemérides españolistas la superaron algunos residentes en Chile cuando, años más tarde, propusieron la celebración del día de Gibraltar, el 4 de agosto, en demanda del irredento peñón que permanecía en manos inglesas. Los observadores españoles se asombraban ante este furor nacionalista, tan sorprendente como la tendencia compulsiva a asociarse de los emigrantes. Pues quienes se alejaban de su tierra, a la vez que se unían para asegurarse socorros y para divertirse, se nacionalizaban de inmediato o acentuaban su identificación previa con España, en contacto con un medio hostil, multicultural y en competencia con otras comunidades nacionales. La misma fuerza de su entramado asociativo, en combinación con su miedo a perder la ciudadanía española, explicaba también su resistencia a solicitar la nacionalidad de sus anfitriones americanos. El marqués de Valdeiglesias, cronista del

viaje de la infanta, comentaba que el amor a la patria de un español estaba en relación directa con el cuadrado de las distancias que lo separaban de ella³⁷.

Los medios de la inmigración aprovechaban cualquier pretexto para reivindicar el honor de España. Publicaban enseguida las declaraciones de los escritores hispanófilos o defendían las bondades de la conquista. Y, naturalmente, acogieron de modo casi unánime la posibilidad de exhibir y potenciar su nacionalismo hispanoamericanista en el centenario de las independencias. Una de las prioridades de sus dirigentes consistía en garantizar la unidad de los muy variados elementos que componían las colonias. Porque, si en el siglo XIX habían constituido grupos reducidos y manejables, su crecimiento había ido parejo a su progresiva diversificación. En la primera década del XX se había multiplicado el número de asociaciones y entre ellas no sólo había ya muchas de carácter regional o regionalista, sino también algunas nacionalistas vascas y catalanas, que desafiaban el discurso españolista dominante y motivaban su radicalización. Los ataques a los *separatistas* podían alcanzar una gran virulencia: para Javier Fernández Pesquero, un hispanoamericanista muy activo en Chile, se trataba de seres degenerados; *El Diario Español* de Buenos Aires hablaba de “miserables abortos que no pueden confundirse con sus hijos (los de España), siempre leales y arrogantes”. Un *casus belli* repetido en varios países se refería al peliagudo asunto de las banderas, de un contenido simbólico insuperable. Porque, para los nacionalistas de uno u otro signo, la bandera *era* la patria. De modo que los líderes de las colectividades, en confluencia con los diplomáticos españoles, andaban obsesionados por que no se izaran en público enseñas catalanas o bizkaitarras. Cuando lo hizo un centro catalán de Bahía Blanca en 1909, la protesta de la legación, secundada por algunos núcleos españoles, consiguió que el gobierno argentino interviniera para prohibir las banderas no oficiales en los clubes de inmigrantes. Las quejas de los círculos regionalistas por tan drástica medida consiguieron moderar un tanto las posiciones y que el gobierno liberal de Madrid adoptara una solución salomónica: como ocurría en los barcos mercantes, los centros españoles en el extranjero podrían enarbolar escudos y banderas regionales o provinciales siempre que a su lado figuraran, en lugar preferente, los de la nación española, “patentizando así la perfecta armonía y compatibilidad que existe entre los legítimos y respetables sentimientos regionales y el amor a España”³⁸.

Lo cierto es que la inmensa mayoría de los órganos regionales instalados en América aceptaba esa misma tesis: el culto por la patria chica no excluía el ideal superior de la nación española. De uno se transitaba al otro, y ambos estaban estrechamente unidos. Algo que pudo constatar en el centenario, cuando el grueso de las asociaciones participó en los actos conjuntos de las colectividades sin mayores problemas. Cosa distinta era la reivindicación de los méritos propios, como el papel de los paisanos en las emancipaciones de 1810. El director de *El Eco de Galicia*, de Buenos Aires, publicó un libro titulado *Gallegos que ayudaron a la independencia americana*. La colectividad vasca en Argentina editó, con motivo de la efeméride, un contundente volumen en el que destacaba el protagonismo de los *baskos* en la vida de la república, sin una referencia a España más que para mencionar que la monarquía había enviado a eficientes colonizadores vasco-navarros al Nuevo Mundo. En su contribución a este tomo, Salaverría retrató a los vascos como individualistas, honrados aventureros, ambiciosos y fuertes, de un neto *masculinismo*. No por casualidad, muchos próceres argentinos, de Juan Bautista Alberdi a Bernardo de Irigoyen, descendían de familias *eskualdunas*. La inteligencia, la virilidad y el amor por las libertades de aquella raza —defendían varios autores— la había impulsado a participar en la revolución de mayo³⁹.

Un segundo frente en las fracturas internas de las colonias españolas era el que separaba a republicanos y monárquicos. Muchos de sus jefes, y probablemente la mayor parte de los individuos politizados del colectivo, se adherían al republicanismo. De hecho, algunos habían desembarcado en América como parte del exilio ocasionado por el fracaso de la Primera República española en 1874. En Argentina, el mantenimiento de las ideas antimonárquicas había conducido a la fundación en 1903 de una Liga Republicana Española, cercana a las ideas que propagaban en España los radicales Alejandro Lerroux y Blasco Ibáñez, ambos agasajados por los correligionarios durante sus viajes transatlánticos. Unos y otros creían que la regeneración de la patria pasaba por la defenestración de la monarquía, corrupta y clerical. Sin embargo, y pese a los temores de la diplomacia, la crema de la izquierda española en Buenos Aires recibió con los brazos abiertos a la vieja infanta. El abogado Carlos Malagarriga veía en ella la encarnación de las mujeres españolas. A juicio del hacendado y también abogado Rafael Calzada, exdiputado en Madrid y líder de la Liga, doña Isabel representaba a la patria, y por tanto había que recibirla con todos los honores, como hizo su hermano Fermín, presidente del Club Español, en el lujoso banquete que ofreció a la embajadora. Bien es cierto que para entonces la Liga estaba ya en franca decadencia, pero los pujos nacionalistas se impusieron a cualquier otra consideración. El asturiano Calzada constituía el máximo ejemplo de un españolismo a prueba de bomba, orgulloso de haber nacido en la cuna de la Reconquista medieval contra los musulmanes y dispuesto a defender en un libro la españolidad de Cristóbal Colón. En México, el millonario y antiguo amigo de Castelar Telesforo García, expresidente de la cámara mercantil y de la Beneficencia, había descartado una posible organización republicana y veía en el centenario una ocasión de unidad y amor hispano-mexicano. Su conservadurismo, el de un veterano admirador de Porfirio Díaz y propagandista de su *política científica*, no contemplaba otra alternativa⁴⁰.

En la misma colectividad de Buenos Aires se había diferenciado un ala moderada del republicanismo que apostaba por la evolución de la monarquía española hacia la democracia. Era la línea de *El Diario Español*, que trompeteaba los éxitos del gobierno canalejista y alababa, en la coyuntura del centenario, su tolerancia hacia los éxitos electorales republicanos en algunas ciudades. Era una forma más de disipar las dudas sobre el régimen dinástico después de la *ferrerada*, que había provocado en casi todas partes manifestaciones contra el rey y, en una concentración dirigida por anarquistas en la capital argentina, había instigado la quema de una bandera monárquica española, con el consiguiente acto de desagravio a cargo de los militantes españolistas. Canalejas se convirtió en un héroe para estos liberales ultramarinos, que lo subirían a los altares tras su asesinato en 1912. Y junto a su imagen mejoraba también la del mismo Alfonso XIII, al que se calificaba de valiente, moderno y liberal⁴¹. Mientras tanto, los carlistas —partidarios ahora de don Jaime, el heredero de la rama disidente de los Borbones— apenas malvivían. Eran más fuertes en México, donde el Casino Español había optado en algún momento por ese tradicionalismo católico y autoritario; pero en la progresista Argentina llevaban las de perder: con motivo del centenario, unos cuantos fieles, acompañados por Valle-Inclán, visitaron a otra infanta —doña Alicia, hermana de don Jaime—, resignada a dar ánimos a quienes acudían a su casa⁴².

Aparte de la unidad, a los inmigrantes españoles del centenario les preocupaba su visibilidad, que se valorase su gran importancia. De entrada, en los países de destino, donde rivalizaban con otras colectividades y miraban de reojo sus aportaciones para no quedarse atrás. Los nacidos en la madre patria no se consideraban iguales que los demás extranjeros, pues, de acuerdo con las verdades admitidas del hispanoamericanismo, habían aportado la sangre y el ser a las repúblicas donde trabajaban. Exigían por tanto

un trato mejor, que obtuvieron en México y desde luego en Argentina, donde los italianos se molestaron por la marginación de su embajador respecto a la infanta Isabel. Pero, en segundo término, los emigrantes también ansiaban un mayor reconocimiento en España, pues allí cundían las opiniones negativas respecto a su marcha: muchos españolistas, herederos del mercantilismo, lamentaban la sangría migratoria, que restaba brazos a la regeneración nacional, y en ciertas ocasiones emitían duras diatribas contra los que abandonaban su patria; mientras que algunos viajeros lamentaban que España no enviase a América a gente bien preparada, en vez de aquella turbamulta de desharrapados que huía de la miseria y del servicio militar. Algunos acusaban al movimiento obrero español, que con las huelgas inhibía las inversiones y provocaba la huida. Pero en los ámbitos políticos peninsulares se impuso la resignación ante un fenómeno incontrolable, adobada con el principio liberal de que cada cual tenía derecho a buscarse la vida como quisiera. Esa era, por ejemplo, la postura del hispanoamericanista demócrata Luis Palomo. El parlamento, con la ley conservadora de 1907, acabó reglamentando el éxodo para evitar abusos⁴³.

Entre los regeneracionistas también había quien prefería fijarse en la cara de la misma moneda, en la esperanza que para España aportaban los emigrantes que prosperaban en Ultramar. Por una parte, su ascenso demostraba las buenas condiciones de la raza española, que en un medio propicio rendía frutos espectaculares. Por otra, auguraba un porvenir halagador para las exportaciones hispanas, pues se suponía que su patriotismo, a poco que se les facilitase la labor, les llevaría a comercializar y consumir productos españoles. Era mucho lo que podían hacer los emigrados por la regeneración nacional: los indianos, enriquecidos y progresistas, ya estaban fundando escuelas e instituciones benéficas en sus pueblos. Para los más optimistas, los emigrantes seguían la estela de los héroes de la conquista, pues habían logrado por medios pacíficos tanto o más que aquéllos por la fuerza⁴⁴. Los propios interesados se consideraban adalides del progreso, el trabajo y la paz. Y ese fue el tenor de las intervenciones que oyó la infanta en Buenos Aires, donde las fiestas preparadas por la colectividad poseían el aire inconfundible de un acto reivindicativo. La “Salutación a la infanta Isabel” del poeta Xavier Santero, recitada por el famoso actor Fernando Díaz de Mendoza en una función teatral de gala, lo recogía así: “No son, no, de su patria desertores,/no son de su bandera renegados:/son del progreso universal soldados,/son legión de modernos luchadores”. El álbum regalado a la embajadora lo grababa en su dedicatoria: “Los que en estas hojas firman, españoles son y de España vinieron a recuperar en América por el trabajo lo que por la espada se ganó y se perdió por la espada”⁴⁵.

En coherencia con sus fines, los inmigrantes formaron sus propias comisiones conmemorativas para los centenarios. La de México estuvo centralizada por las élites afines a la oligarquía local que acaudillaba el presidente del Casino Español, el industrial José Sánchez Ramos, viudo de una hija de Benito Juárez y amigo muy cercano de Porfirio Díaz. En Chile hubo tensiones entre la cabeza del Círculo Español, respaldado por la legación, y el principal periódico de la colonia, dirigido por un liberal canalejista. En Argentina, las cinco asociaciones principales llevaron la voz cantante, con una junta directiva formada por millonarios y notables procedentes de diversas regiones que presidía el tabaquero extremeño Manuel Durán, aunque hubo otros muchos esfuerzos. Como el del presidente de lo que quedaba de la Patriótica, el músico católico Félix Ortiz San Pelayo, que se las ingenió para constituir un comité de bienvenida a la infanta. O los de decenas de sociedades más pequeñas, que orquestaron sus propios actos tanto en la capital como fuera de ella, lejos del alcance de los órganos más sobresalientes de la colectividad. Los diplomáticos, que se consideraban a sí mismos líderes naturales de las colonias, con derecho por tanto a intervenir en sus

asuntos, intentaron ordenar y encauzar las múltiples propuestas, siempre suspicaces ante posibles disidencias. El propio gobierno español, como mostraba la real orden sobre banderas, ejercía cierta jurisdicción sobre los centros de emigrantes, aunque su efectividad a este respecto varió mucho en función de las habilidades de los ministros y cónsules en cada ciudad⁴⁶.

Los festejos siguieron la pauta previsible: banquetes, bailes, funciones de teatro y veladas musicales, placas y suscripciones para tareas más ambiciosas. La mayoría con discursos que subrayaban la solidaridad hispanoamericana. En Morelia, por ejemplo, la colonia española editó un libro sobre el general mexicano Nicolás Bravo, que en la guerra de la independencia había perdonado la vida a trescientos prisioneros españoles. Pero los actos multitudinarios trataban, una vez más, de mostrar unanimidades y fortalezas. Como el banquete popular para 3.000 comensales en Ciudad de México. Y, sobre todo, el enorme desfile de las sociedades españolas ante la casa que ocupaba la infanta Isabel en Buenos Aires, el 22 de mayo de 1910. *El Diario Español* afirmaba esa misma mañana que la única excusa para no asistir era la falta de amor a la patria, lo que equivalía a un crimen imperdonable. Pasaron por la avenida Alvear para saludar a la tía del rey entre 50.000 y 60.000 compatriotas, encuadrados por asociaciones que se identificaban con sus estandartes y bandas de música: las más notorias, como las benéficas, pero también unos cuarenta y cinco centros nacionales, regionales, provinciales y locales que los cronistas se entretenían en enumerar: orfeones, cooperativas, uniones gremiales y juventudes. Incluso una sociedad recreativa llamada Submarino Peral, viejo brindis al inventor español del sumergible, Isaac Peral, que se había convertido en un héroe incomprendido dentro de la mitología nacionalista. Fue el número principal del centenario para los inmigrantes españoles en Argentina, una impresionante exhibición de fuerza y una ceremonia de comunión patriótica en la que, a juzgar por los testimonios, muchos de los participantes se emocionaron hasta las lágrimas⁴⁷.

Los españoles de Ultramar deseaban que la celebración no resultara efímera, sino que dejase una huella perenne y de gran envergadura. Lo que en aquellos tiempos, y tratándose de un centenario, obligaba a erigir monumentos. Era una época de auténtica *estatuomanía*, en la que los afanes nacionalizadores se volcaban en este tipo de construcciones. Las estatuas no sólo plasmaban en materiales nobles y duraderos — piedra y bronce— las claves interpretativas de cada conmemoración, con el valor añadido de su calidad artística, sino que también poseían una vertiente didáctica, ya que pretendían ilustrar a la opinión. Constituían hitos urbanos que perpetuaban la memoria del evento, cuyo uso ceremonial podía renovar de manera periódica su significado. Y las suscripciones públicas que con frecuencia buscaban los fondos necesarios hacían patente el carácter colectivo del compromiso. Las colonias españolas en América eligieron en cada país los motivos que creyeron más adecuados para tender puentes hacia la sociedad de acogida y dejar clara a la vez su propia aportación a la historia americana. Lo cual no era del todo sencillo, pues, ya se ha dicho, las fiestas de 1910 rememoraban precisamente el desgajamiento de aquellas naciones respecto de España. Por descontado, el monumento que promovió la comisión española del centenario argentino, acorde con sus ambiciones, resultó grandioso. Descartadas otras ideas, como la de construir un gran palacio escolar, se buscó a los mejores artistas para realizarlo, aunque el proyecto finalmente elegido fue obra exclusiva de Agustín Querol, que acababa de esculpir el dedicado en 1908 a los sitios de Zaragoza, uno de los episodios heroicos de la guerra de la independencia española. Ambos eran muy similares, aunque mucho mayor el de Buenos Aires. Pero si el aragonés estaba presidido por la figura doliente de la patria enlutada, el bonaerense lo coronaba una figura amable, la

Argentina, que abría los brazos en signo de bienvenida. Representaba el espíritu de la Constitución de 1853, que aceptaba a quienes llegaran de fuera para enriquecerla, y resaltaba el agradecimiento de los inmigrantes y también la contribución específica de los españoles: “de una misma estirpe, con igual idioma”, rezaban las inscripciones. En el centenario sólo se colocó su primera piedra en un sitio privilegiado que había cedido el estado argentino, el cruce de dos avenidas en los parques de Palermo. Conocido como *monumento de los españoles*, demasiado complejo y afectado por mil peripecias, tardó más de tres lustros en terminarse⁴⁸.

No fue el único hito monumental. En la misma república, los españoles de La Plata proyectaron uno más modesto para inmortalizar el abrazo de la vieja España y la joven Argentina, una imagen que preferían a la de las dos doncellas en pie de igualdad que también apareció durante el centenario. La exigua colonia de Colombia se limitó a poner una corona de bronce en el monumento al fundador de Bogotá. En Chile se buscó un símbolo que pudiera unir a inmigrantes y anfitriones y se halló muy atrás, en el siglo XVI, con el héroe español Alonso de Ercilla, que, aparte de pelear, había reconocido en el poema épico *La Araucana* la fiereza y el valor de sus enemigos indígenas. Con ello se quería despertar la gratitud de los chilenos, supuestos descendientes de tan bravos guerreros. La tenacidad de la junta conmemorativa y de la legación consiguió inaugurarlos a tiempo, con la estudiantina española tocando la marcha real⁴⁹. Tan sólo consiguieron poner la primera piedra del suyo los patriotas de Venezuela, donde el emblema escogido fue un episodio de la independencia, el acuerdo entre Bolívar y el general español Pablo Morillo para humanizar la cruel lucha. Más dificultades encontraron los españoles de México, donde la elección del asunto memorable aún parecía más complicada. Tras algún escaqueo acerca del general español Juan Prim, que en 1862 se había opuesto a la invasión del país, la autoridad diplomática recomendó remontarse hasta los orígenes, más allá de la conquista. Es decir, hasta Isabel la Católica, en su doble condición de mecenas de Colón y protectora de los indios. La reina Isabel, adorada por los conservadores peninsulares como encarnación de España, agradaba asimismo a los eclécticos gobernantes mexicanos, que en el centenario bautizaron con su nombre la unión de varias calles en el centro de la capital, donde se ubicaba el Casino Español. El monumento a la Católica debía elevarse en un lugar de honor, en el bosque de Chapultepec y frente al paseo monumental de la Reforma, donde se alineaban el del último emperador azteca y la gigantesca columna de la Independencia. Se dedicó el emplazamiento pero nunca se construyó. Tras el empeño por ensalzar a la reina de Castilla latía el deseo de hispanizar el acto fundacional del descubrimiento, que los italianos querían hacer suyo mediante la entronización de Colón. Según el relato españolista, ni los orígenes de Colón estaban claros ni el descubridor habría sido nada sin España⁵⁰.

Y, junto al problemático pasado común, la representación regeneracionista, más desinhibida, de la España contemporánea. De esa España nueva que, sin renunciar a su gloriosa historia, resurgía tras el Desastre y acudía a los centenarios para demostrar, mediante el despliegue de su riqueza industrial y artística, que no estaba muerta. El acuerdo en este campo entre los inmigrantes y el gobierno monárquico no podía ser más perfecto: en opinión del embajador Pérez Caballero, los visitantes de los pabellones españoles en Buenos Aires podrían comprobar que “la antigua Madre Patria crece, se desarrolla y se agiganta en la senda del progreso”. España ya no era la vieja mansión del hidalgo perezoso, sino un país moderno⁵¹. En una etapa donde menudeaban las exposiciones internacionales de artes e industrias, la imagen internacional del país no era cuestión baladí, y los responsables españoles en las muestras la resolvieron de un modo tan significativo como incoherente. Sus edificios efímeros oscilaban entre el

exotismo neomorisco o neomudéjar y el consabido *renacimiento español*. En los años del centenario, dos grandes exhibiciones ejemplificaron ese contraste: en la de Bruselas de 1910, un pabellón neonazarí, que reproducía partes de la Alhambra de Granada, recogió varios premios y una polémica doméstica sobre si podía representarse a España con alusiones al pasado musulmán; en la de Roma de 1911, un impresionante edificio neoplateresco acogió una discutida selección de artistas⁵².

Las exposiciones de España en los centenarios americanos siguieron esa tónica, pero con resultados diversos. Los pabellones de la de Buenos Aires fueron construidos por la Cámara de Comercio española, que recibió subvenciones de Madrid y trabajó a instancias de su presidente, el banquero catalán José Artal. Su llamamiento pedía a los empresarios peninsulares que participaran “a fin de conseguir, por medio de sus relaciones mercantiles con los Estados Hispano-Americanos, la regeneración económica anhelada”. Hubo una respuesta masiva y se ampliaron los espacios disponibles, que retrasaron su apertura hasta octubre de 1910. Allí pudieron verse instalaciones de industrias alimenticias y de tejidos, de los altos hornos y de la fábrica de automóviles Hispano-Suiza, que certificaba la entrada de España en la modernidad y que sorprendió a quienes no esperaban este alarde por parte de la madre patria. Los edificios se ajustaron esta vez a la inspiración *art nouveau* de un arquitecto formado con maestros modernistas en Barcelona, aunque la escenografía se completó con tapices y salas dedicadas al Museo del Prado; y ante la puerta del recinto se erigió una estatua de Daoiz y Velarde, los héroes artilleros que habían sucumbido frente a las tropas de Napoleón en el Madrid de 1808. El carácter españolista del conjunto no podía expresarse con mayor claridad: España, venía a decirse, también había tenido una gloriosa guerra de independencia y aspiraba a un futuro prometedor. El estado español nunca satisfizo las deudas contraídas con los impulsores de la exposición, pero Artal recibió un título nobiliario por los servicios prestados⁵³.

En cuanto al arte, las obras españolas figuraron, separadas de los productos comerciales, en la exposición internacional del centenario. A la altura de 1910, la pintura y la escultura –sobre todo la primera– se consideraban parte substancial de la imagen de España que moldeaban los intelectuales y promovían los políticos. Se discutía entonces quién representaba mejor el alma nacional, si el noventayochista Ignacio Zuloaga, con sus enjutos campesinos castellanos y sus gitanas arrebatadas, o el regeneracionista liberal Joaquín Sorolla, pintor de la luminosidad y retratista cuasi-oficial de la élite española, con el rey Alfonso XIII a la cabeza. Ambos habían expuesto poco antes en la Hispanic Society de Nueva York, donde el millonario Archer M. Huntington oficiaba de introductor de estos genios hispanos ante la sociedad norteamericana. Las salas españolas de Buenos Aires se sometieron a una selección oficial en Madrid y al comisariado de Gonzalo Bilbao, miembro de la embajada extraordinaria, que las llenó de obras figurativas al gusto de la burguesía que las compraba. También debieron mucho a Artal, marchante y suegro de un discípulo de Sorolla. Pero quien venció, en ausencia del maestro valenciano, fue su rival Zuloaga, que presentó más cuadros que nadie, ganó un gran premio y asentó de modo definitivo tanto su influjo en Argentina como su fama de alquimista del espíritu patrio. Ganó otro gran premio Hermen Anglada Camarasa, cuyas heterodoxias crearon escuela entre los jóvenes artistas argentinos. Para los españolistas que glosaban estos éxitos, aquello demostraba la superioridad del arte español, que no sólo deslumbraba con los cuadros zuloaguescos sino que además, con nombres como los de Mariano Benlliure y Miquel Blay –quienes cincelaban con el mismo éxito héroes de la independencia argentina que figuras castizas para el Club Español– desmentía su pretendida incapacidad escultórica. Para colmo, el programa del centenario argentino puso en entredicho otro tópico tenido

por antipatriótico, el que afirmaba que en España no había ópera, con funciones en el Teatro Colón de Felipe Pedrell y Tomás Bretón, ejemplos del más puro españolismo musical⁵⁴.

Los otros países asistieron a manifestaciones de esta misma capacidad expositiva. En México, el propio gobierno porfirista cedió terrenos y dio facilidades para que la colonia española organizara y financiara una exposición de arte moderno y decorativo. Para lo cual se aprovecharon las fuertes conexiones transatlánticas con el grupo que, en torno al Banco Hispano Americano, aglutinaban indianos enriquecidos en México como Antonio Basagoiti y Bruno Zaldo, que además era parlamentario del partido liberal. Así se levantó un edificio efímero de aire vagamente medieval para contener una muestra que incluía muebles, porcelanas, telas, joyas, maderas y bronce – productos muy valorados por quienes auguraban un gran futuro a los saberes artísticos aplicados a la industria—y obras de Sorolla, Benlliure, Zuloaga y Bilbao, entre otros. En Chile, el centenario valió para ratificar la profunda huella pictórica del costumbrista Fernando Álvarez de Sotomayor en aquellas latitudes. Las muestras de 1910, salvo en la trayectoria truncada por la revolución mexicana, multiplicaron la repercusión y las ventas de los artistas españoles y consolidaron las tendencias hispanistas en el arte latinoamericano. Todos aquellos triunfos, desde las concentraciones multitudinarias hasta las exposiciones, sin olvidar los monumentos, probaban la fuerza alcanzada por las colectividades españolas en América. Sus trabajos, en opinión de Adolfo Posada, hacían renacer “el juicio optimista respecto de las energías, aquí más dormidas, de la raza”⁵⁵.

La madre asiste a las bodas de sus hijas

Los centenarios podían estrechar definitivamente los lazos de España con América. Los estímulos provenían de los círculos americanistas peninsulares y de las colonias de emigrantes, pero también de los gobiernos americanos que preparaban sus celebraciones patrióticas. Influían sobre ellos diversos fenómenos coetáneos: el deseo de contrarrestar el avance de Estados Unidos otorgando mayor peso a las relaciones con algunos países europeos; la necesaria colaboración en el manejo de los conflictos que pudieran surgir en las colectividades inmigrantes; y el nacionalismo de sus intelectuales, que buscaban de manera creciente referencias identitarias en el legado hispánico. Ya desde finales del Ochocientos, y de un modo decidido a partir del 98, cuando desapareció cualquier vestigio del imperialismo español en Ultramar, se multiplicaron las llamadas al encuentro y se desató la retórica. Al hacer de España un invitado de honor en la conmemoración de sus independencias, Argentina, México o Chile –aunque sonara paradójico—reforzaban sus respectivas identidades nacionales, en las que el componente hispanista representaba un papel variable pero significativo y en alza.

Más aún, los distintos regímenes políticos implicados poseían características comunes, que hacían fácil el acercamiento. La Restauración española, la república *aristocrática* argentina y el Porfiriato mexicano pertenecían a la familia de los sistemas que, en el último cuarto del siglo XIX, habían conseguido estabilizar panoramas extremadamente violentos, con décadas de guerras y sublevaciones armadas a la espalda. Aunque las fórmulas variaran, y el respeto por los principios liberales oficiales también, todos ellos habían reunido a una porción de los antiguos adversarios y habían repartido el poder entre élites reducidas, en las que los notables, caciques o caudillos disfrutaban de la hegemonía a nivel local. El clientelismo presidía el comportamiento de las facciones partidistas y el contacto de los ciudadanos con las administraciones

públicas, mientras que era corriente el fraude electoral a favor del ejecutivo, algo que por otra parte ocurría en regiones del mundo tan extensas como la mayor parte de Iberoamérica y la Europa mediterránea. Al comenzar el siglo XX, los tres se enfrentaban al reto de abrirse para integrar a núcleos mayores de opinión, es decir, de comenzar a democratizarse. Un desafío que resolvieron de modo muy distinto, pues en Argentina las sucesivas reformas electorales —que culminaron en la ley Sáenz Peña de 1912— despejaron, no sin vaivenes insurreccionales y en contra de las intenciones iniciales de los reformistas, el camino de la oposición radical al gobierno; mientras en México el porfirismo se enrocó en la reelección de su líder y tuvo que afrontar la rebelión maderista y la subsiguiente coyuntura revolucionaria pocas semanas después del centenario. En España la monarquía constitucional adoptó una estrategia intermedia, que si por un lado no cambió las bases del dominio establecido por conservadores y liberales, por otro supo reinventarse frente a una izquierda débil en el terreno electoral y sobrevivió hasta el golpe militar de 1923. Los gobiernos español y argentino compartían además la preocupación por las actividades de un movimiento obrero con numerosos elementos anarquistas, que reprimieron de manera similar. Y tanto Argentina como México concibieron los centenarios como gigantescas operaciones de prestigio, que mostraran los progresos alcanzados en el terreno económico y mejorasen su consideración en el concierto internacional⁵⁶.

Sin embargo, los avances en las relaciones intergubernamentales hispano-americanas antes de 1910 resultaron más bien escasos. Se firmaron diversos tratados sobre asuntos como la propiedad intelectual y la validez de los documentos legales. Se produjeron también interminables negociaciones comerciales, sin apenas resultados. Los diplomáticos se movían con comodidad en los círculos políticos ajenos y pasaron por las legaciones en Madrid algunos hispanistas de renombre, como Sáenz Peña o el poeta mexicano Amado Nervo. Unos ministerios y otros se apoyaban a la hora de vigilar y perseguir a sus respectivos disidentes⁵⁷. Pero los grandiosos planes del americanismo militante chocaban sin remedio con el cuadro estratégico y los límites materiales de la política externa española. Después del Desastre, los gabinetes monárquicos se propusieron acabar con el aislamiento que había conducido a la soledad del 98, e idearon para ello un proyecto coherente que se mantuvo sin fisuras hasta 1914: integrar a España, como un socio menor, en la entente establecida a comienzos de siglo entre Gran Bretaña y Francia, para garantizar la integridad territorial de la península y sus archipiélagos y asegurarse una voz, subordinada pero importante, en el Mediterráneo occidental. Estos planes, que rindieron frutos con cierta rapidez, situaban el eje de la actuación exterior en el norte de África, donde la ocupación del territorio que les tocó en suerte obsesionó a los políticos y militares españoles hasta los años veinte. Los recursos disponibles no permitían el establecimiento de una alianza que comprometiese la neutralidad en caso de guerra europea, y menos aún acciones intensivas en otros continentes. De manera que América podía ocupar, en el mejor de los casos, un papel secundario, que apenas alcanzaba para responder a las presiones de la sociedad civil. No obstante, algunos diplomáticos quisieron ver en los centenarios la puerta de acceso a la hegemonía de España sobre los países hispanos.

Animaba esta actitud el buen sabor de boca que dejó la gira de Altamira, un acontecimiento cultural sin precedentes que agradó tanto a los círculos gubernamentales americanos como a las colonias españolas. El profesor institucionista, que describió su viaje como una *odisea patriótica*, fue alabado de forma unánime no sólo por su sabiduría, sino también por su discreción. En los países del centenario lo recibieron notabilidades intelectuales y políticas de primera fila: el jurista argentino Joaquín V. González, ministro de varias carteras y fundador de la Universidad de La Plata, que

invitaba a los conferenciantes españoles; el historiador mexicano Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública en 1910, a punto de inaugurar la Universidad Nacional; y el rector chileno Valentín Letelier. Los tres compartían un interés primordial por la reforma educativa y los tres promovieron la participación española en las conmemoraciones: si González defendió en el Congreso la cesión de terrenos para el monumento argentino y Letelier patrocinó el chileno, Sierra se erigió en ideólogo de la presencia hispánica en los festejos porfiristas. En México acudió a las lecturas de Altamira, como a las de Cavestany, el mismísimo presidente Díaz. Aquella acogida disparó el optimismo diplomático sobre la posibilidad de que España aumentara su influjo y desplazase a otras potencias en las predilecciones americanas. Una sensación que se hizo más aguda conforme se realizaron las conmemoraciones. El encargado de negocios en Santiago echaba así las campanas al vuelo: “la celebración del centenario en la Argentina, en Chile y en Méjico pueden ser para España fuente de incalculables beneficios, y para nuestra raza las bases de un poderío, mayor, si cabe (...) que aquel que hizo de España, por las armas, la nación más poderosa del mundo”⁵⁸.

Las embajadas extraordinarias guardaban una relación directa con la corona y potenciaron su identidad con la nación española, uno de los objetivos de las empresas nacionalizadoras de la monarquía tras el Desastre. En realidad, venían a sustituir un viaje a América del propio Alfonso XIII, que habían propuesto ya medios liberales como *El Imparcial* y recibido con fervor hispanistas como Nervo, secretario de la legación mexicana en Madrid, y las colectividades de emigrantes. Cuando el rey pisase tierra americana —aseguraban— se produciría, casi por arte de magia, la unidad hispánica. Al joven monarca, representante a la vez de las tradiciones españolas y de la nueva España regenerada y moderna, le llovían las alabanzas y dedicatorias ultramarinas, desde las de Darío hasta las del poeta peruano Santos Chocano, lo cual cultivó, al correr de los años, su imagen de padre de la raza⁵⁹. Don Alfonso no se animó a embarcarse en 1910, pero la infanta Isabel lo suplió con creces. Para ello se habilitó un presupuesto bastante crecido y se contó con la inestimable ayuda del marqués de Comillas, íntimo de la familia real y propietario de la Compañía Transatlántica —la principal beneficiaria de las líneas marítimas intercontinentales—, quien fletó el palacio flotante *Alfonso XII* para dar empaque a la misión. La única sombra que se cernía sobre ella era la amenaza terrorista, muy presente en las manifestaciones por el asunto Ferrer, que a punto estuvo de cumplirse durante una ceremonia a la que asistía la infanta en la catedral de Buenos Aires, donde se detuvo a un sospechoso armado con una daga. Los oficiales y los periódicos conservadores españoles se congratulaban de la dureza con que el gobierno argentino había conjurado el peligro obrero, aplicando medidas draconianas contra los anarquistas y declarando el estado de sitio para impedir la paralización del centenario a causa de las huelgas. Éstas causaron algunas molestias, pero no hubo incidentes de relieve⁶⁰.

La visita de la infanta, desde el punto de vista gubernamental, cumplió los mejores augurios. Como delegada personal del monarca, recibió el mismo tratamiento que el presidente de Chile, el único jefe de estado presente en el centenario. Y se benefició de la proyección de una imagen que la identificaba con España. En un doble sentido. Por una parte, el muestrario de joyas y vestidos de gala convivía con noticias que destacaban su talante *demócrata*, su sencillez y su llaneza, siempre sensible a las desgracias de la gente humilde. Desde luego, atendió las recomendaciones de los inmigrantes españoles que acudieron a ella y las transmitió a las dependencias ministeriales correspondientes. Y visitó sin cesar hospitales y asilos para derramar donativos, una estrategia caritativa que utilizaron todas las casas reales coetáneas para difundir estereotipos positivos y que en su caso también reforzaba los nacionales. A

juicio de Roldán, alcurnia y misericordia revelaban las luces morales del viejo hogar de Castilla. Allí estaba, ampliaba Rahola, la *majestad de la raza*. De otro lado, doña Isabel encarnaba la historia de España, por su inevitable asociación con la otra gran Isabel, la Católica, y —como decía el diario *La Nación*—con el espíritu de la epopeya iniciada en 1492. El componente religioso de la visita, aunque no fuese el hegemónico, apareció en la peregrinación al santuario de la virgen de Luján, donde la infanta llevó la bandera española que ofrecían a la patrona de Argentina los católicos de Zaragoza con el fin de corresponder al obsequio de las enseñas hispanoamericanas que habían portado hasta el Pilar los peregrinos americanos en 1908. El hispanoamericanismo confesional se desplegó en el sermón de monseñor Jara, el obispo chileno que había organizado la ofrenda dos años antes, quien pidió a la embajadora que, en ausencia de hijos propios, adoptara simbólicamente a la América española. En definitiva, la figura oronda de la infanta, una mujer de casi sesenta años, resultaba ideal para representar a la vieja madre patria que asistía a la mayoría de edad o a la boda de su hija, pues ese reconocimiento constituía el significado fundamental del viaje. Como le había ocurrido a Victoria de Inglaterra, aspecto y funciones encajaban sin dificultad. A decir de los incondicionales, la fusión entre la persona real y España alcanzó su cumbre durante el desfile de las sociedades de emigrados, cuando la bandera nacional que ondeaba en el balcón de su residencia envolvió el cuerpo de doña Isabel y el público, extasiado por aquella visión alegórica, contuvo el aliento⁶¹.

Tanto en México como en Chile, las repercusiones de la visita regia a Buenos Aires pusieron en aprietos al gobierno español, que justificó como pudo la decisión de no enviar a miembros de la familia real a los otros centenarios. Las excusas más repetidas aludían a que la embajada en Argentina abarcaba todos ellos o al cansancio de la infanta Isabel, que no podía someterse a otra travesía oceánica. Pareció imposible evitar ciertos resquemores, pues el amor propio de mexicanos y chilenos no aceptaba la preterición. Sin embargo, la ausencia de la casa real se compensó con otros expedientes, como la elección de personajes vinculados tanto a la corona como a los países de destino: el marqués de Polavieja y el duque de Arcos. De todos modos, el protocolo exigió especiales habilidades diplomáticas, como las del ministro español en México, Bernardo Cólogan y Cólogan, que tenía ideas propias acerca de la conmemoración, convenció con ellas a la colonia y se entendió de maravilla con el gobierno del general Díaz, sobre todo con Sierra. Su táctica consistía en dejar la iniciativa a los mexicanos y, al mismo tiempo, en no perder ocasión de enaltecer la historia y el orgullo de la desmedrada metrópoli⁶².

Los peligros no provenían en México de un posible atentado anarquista, sino de las tradicionales agresiones que sufrían los *gachupines* —a menudo, los abarroteros y prestamistas—con motivo de la fiesta nacional, “durante las horas en que el pueblo t(enía) libertad para sus manifestaciones patrióticas”. Un tipo de violencia que había decaído en los últimos tiempos pero aún podía repuntar⁶³. Sin embargo, la hispanofobia no asomó en las fiestas, sino todo lo contrario. La embajada española tuvo un recibimiento privilegiado: el presidente la atendió aparte, la marcha real se tocaba junto al himno mexicano y el embajador se colocó a la derecha de Díaz durante la ceremonia principal, la que recordaba el Grito de Dolores, el primer episodio de la crónica independentista, desde el balcón del palacio nacional. En vez de mueras a los españoles, ese día —si hemos de creer a los testigos—se oyeron vivas a España. Polavieja se paseó por diversas ciudades a cargo de la colonia y en todas partes encontró discursos que alababan el papel de la madre patria, que había dado la lengua y la sangre a los mexicanos. En Toluca lo esperaban varios miles de charros con banderolas españolas y se dedicaron una plaza a España y una calle al general. A cambio, la embajada había

asumido un encargo delicado, el de sellar la reconciliación con la antigua Nueva España con un acto simbólico de la mayor importancia, al menos para México: la devolución del retrato y del uniforme y otros objetos arrebatados al generalísimo José María Morelos —mito paternal en el panteón patriótico mexicano— que se conservaban en el museo español de artillería. Una sugerencia del Casino Español que hizo suya el gobierno. Con gran pompa, las reliquias procesionaron por el centro de la capital —con custodia militar y acompañadas por una imagen de la virgen de Guadalupe y las banderas históricas de la independencia— y fueron acogidas con toda solemnidad y vivas cruzados. Al parecer, el acto conmovió a los presentes y disipó resquemores añejos⁶⁴.

El centenario mexicano tuvo un carácter historicista muy marcado, pues el régimen de Porfirio Díaz decidió consagrar en él su visión de la historia nacional con el fin de legitimarse y de imponerla en la nacionalización de los mexicanos. Y en esa versión es donde encajaba España, como uno de sus protagonistas. De acuerdo con Sierra y con la doctrina oficial del Porfiriato, la nación había emanado de la mezcla de dos razas, la indígena y la española, y su propia naturaleza se hallaba en ese mestizaje. Tanto el cura Morelos como el presidente Díaz eran mestizos. Así pues, uno de los números más espectaculares de la conmemoración consistió en un desfile histórico que arrancaba del encuentro entre el conquistador Hernán Cortés y el emperador azteca Moctezuma e incluía la escenificación de la ceremonia del Pendón, por la que la Nueva España renovaba periódicamente su lealtad al monarca. En todo ello había una revalorización de la época colonial, que, sin renunciar a la grandeza del periodo prehispánico, adquiría un nuevo relieve para el cultivo de la identidad mexicana. Lo cual agradaba de un modo irresistible a los españoles que vivían en México, confirmados en su propia relevancia a través de este enfoque. Para recibir el collar de la orden de Carlos III que le había concedido Alfonso XIII, Porfirio Díaz desempolvó un retrato del rey ilustrado del siglo XVIII y lo colgó en el salón más importante del palacio nacional⁶⁵.

Pero las alusiones a la conquista de México, tarde o temprano, se topaban con la controvertida figura de Hernán Cortés. El ministro Cologan opinaba que aún era pronto para elevar una estatua al conquistador, ya que los odios contra el símbolo de la crueldad hispana estaban demasiado vivos. Pero, de acuerdo en esto los dirigentes españoles y los mexicanos, había otras maneras de rendirle culto. Lo curioso es que el embajador Polavieja, nieto de un regente de la Real Audiencia de la Nueva España y militar con un cierto barniz intelectual, había investigado la vida de Cortés y, poco antes del centenario, había publicado un libro sobre él. Basado en la lectura del historiador William H. Prescott y de algunos papeles del Archivo de Indias, el Cortés de Polavieja era un superhombre nietzscheano, que superaba cualquier obstáculo gracias a “su heroico corazón, su alma ardiente y su inquebrantable voluntad”. Un trasunto del general cristiano que era Polavieja, incomprendido por sus superiores y ejemplo de una raza que pensaba en la evangelización más que en las riquezas. En resumen, un vigorizador de la patria, que debía extraer enseñanzas de su carácter —sin dudas ni temores— para regenerarse en la difícil coyuntura de comienzos del siglo XX⁶⁶. El mismo Polavieja, al que nombrarían académico de la Historia por estas labores, comprobó en 1910 que aún seguía viva la memoria de su ídolo, cuando el gobernador indio de Tlaxcala le recordó la antigua alianza de sus dos pueblos contra los aztecas. Y tanto los prohombres del Porfiriato como los de la colonia asumieron la reivindicación de Cortés. Unos meses antes del centenario, un par de periodistas aventureros —“bohemos ambulantes de la espanyolera” los llamaba Cologan— presentaron un plan para seguir la ruta del conquistador y describirla en un libro: el dictador puso a su

disposición un barco y una escolta, y los españoles más influyentes lo financiaron. Según el ministro español en México, por mucho amor que los mexicanos tuvieran a lo indígena, tenían que reconocer que debían la civilización y la nacionalidad a la España de la conquista. El libro en cuestión, inflamado de patriotismo, resultó casi ilegible, pero quedaba el gesto⁶⁷.

En Chile, como en Venezuela al año siguiente, se repitieron los moldes de cordialidad hispanoamericana. No sin algún tropiezo inicial, pues se rumoreó que uno de los componentes de la embajada, el militar Méndez Vigo, descendía de Méndez Núñez, que además del Callao había bombardeado Valparaíso. Pero Arcos se desenvolvió bien en un terreno familiar para él, el de las élites hispanófilas chilenas, y los deseos de amistad se esculpieron en los monumentos, como el de Ercilla y el de la batalla de Maipú, donde también se homenajeó a los españoles vencidos. En Caracas todo giró en torno a la figura de Bolívar y a su abrazo con el abuelo del embajador Aníbal Morillo. Los discursos subrayaron la españolidad del libertador, que, señalaban los españolistas, a la hora de morir se vio abandonado por los americanos. Lo más reseñable del centenario venezolano fue la manifestación de los estudiantes universitarios que, con el pretexto de agasajar al representante del rey liberal Alfonso XIII, protestaron contra el régimen recién estrenado del Juan Vicente Gómez⁶⁸. En general, en la correspondencia diplomática y en la prensa predominaba el triunfalismo: todo había salido mejor de lo previsto, se habían disuelto los recelos y se preparaba un futuro magnífico para las relaciones entre España y sus hijas. Un futuro de tratados comerciales, instructores militares españoles entrenando los ejércitos americanos, emigrantes tan ricos como bien considerados y gobiernos rendidos ante los encantos de la madre patria.

Epílogo conmemorativo

¿Qué quedó del centenario? Pese al triunfalismo rampante, algún periódico español se preguntaba en 1910 si, aparte de la acentuación del mutuo afecto, iba a extraerse algo útil de los notables gastos ocasionados por las embajadas. En lo inmediato, cabía señalar ciertos logros menores en Argentina, como la fundación de una academia de la lengua correspondiente, que impulsó Sellés, o el nacimiento de la Unión Internacional Hispano-Americana de Tecnología y Bibliografía Científicas, un proyecto de Torres Quevedo para fomentar la difusión de la ciencia en castellano. Pero no mucho más. En el terreno comercial, aludido con frecuencia durante los festejos, el ingeniero Ribera elaboró informes sobre la economía argentina y la nueva dirección general de Comercio del Ministerio de Fomento se encargó de ampliar horizontes económicos. De hecho, no cesaron las misiones mercantiles, como las organizadas por la Casa de América de Barcelona con respaldo del gobierno. Sin embargo, estos esfuerzos no rompieron las barreras que impedían un aumento substancial de los intercambios, pues el proteccionismo arancelario español se avenía mal con las importaciones agropecuarias americanas y malogró cualquier posible arreglo. Por otro lado, la revolución mexicana que comenzó en noviembre de 1910 amputó las posibilidades de mejora de las relaciones entre España y México: las partidas insurgentes se lanzaron muy pronto contra los *gachupines* que tanto se habían comprometido con la dictadura de Porfirio Díaz, la última vez durante la ditirámicas ceremonias centenarias. En los demás países, los ejércitos siguieron buscando inspiración en otras potencias y el crecimiento de los efectivos diplomáticos españoles fue tan lento que no permitió una política muy ambiciosa⁶⁹.

Más avances se produjeron en el ámbito de la cultura, el favorito de los intelectuales regeneracionistas. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, organismo público inspirado por la ILE y clave para la modernización de la ciencia en España, fue encargada en abril de 1910 de los intercambios académicos con América. Posada viajó como comisionado de la Junta para establecer los primeros contactos. Y así nació una política científica que a partir de 1914 se articuló a través de la Institución Cultural Española de Buenos Aires, patrocinada por cinco grandes asociaciones de la colectividad y dirigida por uno de sus miembros más prestigiosos, el doctor Avelino Gutiérrez. En la cátedra que fundó la ICE impartían cursos los profesores seleccionados por la JAE, que se animó a extender el modelo a Uruguay, Chile, Paraguay y Bolivia, una especie de circuito para los intelectuales españoles que cruzaban el Atlántico. A lo que siguieron otras muchas fundaciones, en América y en España, hasta los años treinta. Otra vez, la vitalidad de los inmigrantes resultaba crucial para sostener el empeño hispanoamericano. Si alguien había extraído réditos de los centenarios eran ellos, que gestionaron por diversos conductos —como el del presidente Figueroa Alcorta y la infanta Isabel— el perdón para los desertores y prófugos huidos a América. En 1912, el gobierno Canalejas terminó concediéndolo⁷⁰.

Todo esto se antojaba poco en comparación con las inmensas expectativas levantadas por el hispanoamericanismo. Una honda brecha separaba la pobreza de los avances concretos y la retórica grandilocuente, que se infló en años sucesivos hasta hacerse insoportable. El escritor Wenceslao Fernández Flórez expresaba ese hartazgo: “Los unos hablan del sinsonte, del cañaveral y de la hamaca. Los otros, de los orígenes de las razas, de la consanguinidad, del azúcar de caña, de Hernán Cortés, de las plantaciones de tabaco, de Moctezuma y de las joyas de Isabel la Católica. Desde luego, son preferidos los que cantan el sinsonte. Por lo menos, no hacen daño a nadie y dejan en paz a los muertos en su sepultura”⁷¹. Pero tanta insistencia en los mismos tópicos remitía, más que a realizaciones *prácticas*, al universo, menos tangible, de las identidades nacionales, en el que los discursos americanistas tenían funciones expresivas y también performativas, pues a la vez construían, actualizaban y difundían un imaginario español en el que América representaba un papel esencial. El hispanoamericanista fue un avatar del españolismo que no dejó de expandirse después de los centenarios, hasta ocupar un puesto central durante los años veinte. Proporcionaba a España una categoría simbólica indiscutible, afirmaba a los emigrantes españoles frente a sus competidores y al país de acogida, y llenaba de contenido una política exterior sin recursos suficientes. En este orden, el *moral*, su éxito fue completo. Desde 1910, América se incluyó con ahínco en las tareas nacionalizadoras, particulares y estatales, aunque su omnipresencia desveló con mayor claridad las distancias que alejaban a unos españolistas de otros.

Dos años más tarde, el centenario de la Constitución de Cádiz motivó la renovación de los votos americanistas, esta vez en territorio español. Se trataba de honrar a los representantes de España y América que, todos juntos contra la tiranía, habían alumbrado el primer texto constitucional del mundo hispánico. Una conmemoración en la que se implicaron el gobierno liberal, las instituciones locales y múltiples asociaciones, y en la que el hispanoamericanismo brilló con componentes similares a los de 1910. Los mensajes volvieron a remarcar la confluencia de los espíritus frente al adversario sajón y en pro del realce de España como actor internacional. Acudieron delegaciones de las repúblicas americanas, la argentina encabezada por el expresidente Figueroa Alcorta, que después de pasar por Cádiz fueron agasajadas en Madrid por las altas autoridades del estado. Y los emigrantes españoles dieron cuerpo al acto más significativo de las celebraciones, la llamada *fiesta*

de las lápidas, que cubrió la fachada del oratorio de San Felipe Neri —espacio sacro donde se había aprobado la Constitución de 1812— con placas que homenajearon a los *doceañistas*. No era una ceremonia oficial, sino que había sido orquestada por el apóstol Rafael María de Labra, delegado en la Península de los centros de expatriados. Desde Tampa hasta Buenos Aires, los españoles habían puesto dinero para grabar en mármol su ofrenda a quienes habían instituido la libertad de imprenta y la soberanía nacional. No era una casualidad, como tampoco lo era que Rafael Calzada propusiese desde Buenos Aires que el 19 de marzo, día de la promulgación de la carta gaditana, se convirtiese en la fiesta nacional de España. De nuevo, los patriotas de Ultramar hacían notar su españolismo progresista⁷².

Aquella sería su última oportunidad. En España, los valores nacionalistas y liberales que explicitaba la memoria de las Cortes de Cádiz no despertaban consenso alguno, pues el catolicismo conservador repudiaba la herencia doceañista, descreída y extranjerizante, como culpable del declive nacional. Y esa versión del españolismo, que consideraba la fe la esencia de la nacionalidad, se impuso desde los años de la Gran Guerra, lo cual potenció al tiempo el carácter reaccionario de las manifestaciones hispanoamericanistas, cada vez más alejadas de las proyecciones liberales hacia un futuro en democracia y más concentradas en el ensalzamiento de la conquista y la evangelización. La fiesta nacional de España no sería el 19 de marzo, pero sí tendría que ver con América, pues en 1918 se proclamó como tal el 12 de octubre, *día de la raza*, bajo premisas confesionales e imperiales⁷³. Por decirlo así, Isabel la Católica había vencido a *la Pepa*. Lo cual coincidía también con los vientos derechistas que soplaban en América. La dictadura del general Miguel Primo de Rivera culminó en la década de los veinte esta deriva con la potenciación del hispanoamericanismo más retrógrado. Bajo su mandato se realizaron algunos de los planes de 1910, como la dotación de medios para la diplomacia española en Ultramar y la exposición iberoamericana de Sevilla, un escaparate de lujo para la madre patria. Por el camino se habían perdido los alicios liberales de Altamira y la monarquía democrática de Canalejas, pero la reconquista retórica de América había regenerado, si no España, si al menos el nacionalismo español.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AGP, <u>RAXIII</u>	Archivo General de Palacio, <u>Reinados, Alfonso XIII</u> . Patrimonio Nacional, Madrid.
AMAE	Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Madrid.
RD	Real Decreto.

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael

España en América, Valencia, F. Sempere y Cía., s.a. (1909).

Mi viaje a América (Libro de documentos), Oviedo, Universidad de Oviedo, 2007 (primera edición de 1911).

ÁLVAREZ JUNCO, José

El nombre de la cosa. Debate sobre el término *nación* y otros conceptos relacionados, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005.

ANDERSON, Benedict

Imagined Communities, Londres, Verso, 1991 (edición revisada y ampliada de la de 1983).

CABRERA, Mercedes; y MORENO LUZÓN, Javier (eds.)

Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX, Madrid, Fundación BBVA, 2002.

CALZADA, Rafael

Cincuenta años en América. Notas autobiográficas, vol. II, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1927.

CAMBA, Francisco; y MAS Y PI, Juan

Los españoles en el centenario argentino, Buenos Aires, Imprenta Mestres, 1910.

CORONAS, Santos M.

“Altamira: de la cátedra de Historia del Derecho a la Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América” en <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46894929101145619532279/p0000001.htm>.

DALLA CORTE, Gabriela

Casa de América de Barcelona (1911-1947). Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional, Madrid, LID, 2005.

DELANTY, Gerard; y KUMAR, Krishan

The SAGE Handbook of Nations and Nationalism, Londres, SAGE, 2006.

DEMANGE, Christian, y otros

Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908), Madrid, Casa de Velázquez, 2007.

DUARTE, Ángel

La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910), Lérida, Milenio, 1998.

ELGUERO, José

Discurso pronunciado por su autor en la festividad que, en honor del general don Nicolás Bravo, organizaron los vecinos del cuartel tercero de la ciudad de Morelia, el día 29 de septiembre de 1910, Morelia, Tip. de Agustín Martínez Mier, 1910.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao

Impresiones de un hombre de buena fe (1914-1919), Madrid, Espasa-Calpe, 1964.

FLORIA, Carlos A., y GARCÍA BELSUNCE, César A.

Historia política de la Argentina contemporánea, 1880-1983, Madrid, Alianza, 1983.

GARCÍA, Genaro (dir.)

Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México, México, Museo Nacional, 1911.

GARCÍA SANZ, Jorge

“Arte, arquitectura y arqueología españolas en la Exposición Internacional de Roma de 1911”, en GÓMEZ-FERRER MORANT, 2006.

GARCÍA SEBASTIANI, Marcela

“Crear identidades y proyectar políticas de España en la Argentina en tiempos de transformación del liberalismo. *El Diario Español* de Buenos Aires (1905-1912)”, en Estudios Migratorios Latinoamericanos, nº 55 (2004), pp. 525-553.

“El patriotismo de los españoles emigrantes en la Argentina”, en GÓMEZ-FERRER MORANT, 2006.

GILLIS, John R.

“Memory and identity: the history of a relationship”, en GILLIS, 1994, pp. 3-24.

GILLIS, John R. (ed.)

Commemorations. The Politics of National Identity, Princeton, Princeton University Press, 1994.

GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe (ed.),

Modernizar España. 1898-1914. Congreso internacional, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2006 (CD).

GONZÁLEZ, Luis

“El liberalismo triunfante”, en Historia general de México, México DF, El Colegio de México, 2000, pp. 633-705.

GRANADOS GARCÍA, Aimer

“Visiones encontradas en la celebración de la independencia mexicana a finales del siglo XIX”, en Revista de Indias, vol. LXIII, nº 228 (2003), pp. 441-458.

GUEDEA, Virginia

“La historia en los centenarios de 1910 y 1921”, en GUEDEA, 2009, pp. 21-107.

GUEDEA, Virginia (coord.)

Asedios a los centenarios (1910 y 1921), México, Fondo de Cultura Económica-UNAM, 2009.

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo

La pintura argentina. Identidad nacional e hispanismo (1900-1930), Granada, Universidad de Granada, 2003.

Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica, Madrid, Cátedra, 2004.

JULIÁ, Santos

Historias de las dos Españas, Madrid, Taurus, 2004.

LABRA, Rafael María

“El americanismo en España”, en Ateneo, tomo X (julio-diciembre de 1910), pp. 74-77.

LIDA, Clara E.

Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español, México, Siglo XXI/Colegio de México, 1997.

“Los españoles en el México independiente: 1821-1959”, en Historia Mexicana, vol. LVI (2006), 2, pp. 613-650.

LIDA, Clara E. (coord.)

Tres aspectos de la presencia española en México durante el Porfiriato, México, El Colegio de México, 1981.

LÓPEZ SÁNCHEZ, José María

“La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española en Buenos Aires”, en Revista de Indias, vol. LXVII, nº 239 (2007), pp. 81-102.

LÓPEZ SERRANO, Alfredo

El general Polavieja y su actividad política y militar, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002.

MAC GREGOR, Josefina

México y España: del Porfiriato a la Revolución, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992.

MAINER, José-Carlos

“III.- Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)” (1977), en La doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España (2ª edición aumentada), Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2004, pp. 125-180.

MARCILHACY, David

“Une histoire culturelle de l’hispano-américanisme (1910-1930) : l’Espagne à la reconquête d’un continent perdu », tesis doctoral, París, Université de Paris III, 2006.

MICHONNEAU, Stéphane

Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites, Vich, Eumo, 2002.

MONUMENTO

Monumento de los españoles. Memoria de la comisión española del centenario argentino, Buenos Aires, s.e., 1927.

MORENO LUZÓN, Javier

“Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz”, en Ayer. Revista de Historia Contemporánea, nº 52 (2003), pp. 207-235.

“Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia”, en Historia y Política, nº 12 (2004), pp. 41-78.

MOROTE, Luis

“Por ser federal”, en Ateneo, tomo X (julio-diciembre de 1910), pp. 77-80.

MOYA, José C.

Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930, Buenos Aires, Emecé Argentina, 2004 (ed. or. 1998).

NAVARRO AZCUE, Concepción; y ESTRADA TURRA, Baldomero

“Migración y redes de poder en América: el caso de los industriales españoles en Valparaíso (Chile) 1860-1930”, en Revista Complutense de Historia de América, vol. 31 (2005), pp. 115-146.

NORAMBUENA, Carmen

“Inmigración española en Chile, 1890-1920: los prestamistas”, en Proposiciones, nº 24 (1994), pp. 159-163.

ORTIZ SAN PELAYO, Félix

Estudio sobre la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, El Correo Español, 1899.

Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española. Desde su fundación hasta la reunión del Congreso de Sociedades Españolas, Buenos Aires, Librería “La Facultad”, 1914.

PALOMO RUIZ, Luis

La emigración española a América, Madrid, Bernardo Rodríguez, 1911.

PASCUARÉ, Andrea

“Del Hispanoamericanismo al Pan-hispanismo. Ideales y realidades en el encuentro de los dos continentes”, en Revista Complutense de Historia de América, nº 26 (2000), pp. 281-306.

PÉREZ HERRERO, Pedro

“Algunas hipótesis de trabajo sobre la inmigración española a México: los comerciantes”, en LIDA, 1981, pp. 101-173.

PIKE, Frederick B.

Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America, Notre Dame-Londres, University of Notre Dame Press, 1971.

POLAVIEJA, Marqués de

Hernán-Cortés (Estudio de un carácter), por el teniente general ---. Conferencia leída en el Centro del Ejército y de la Armada, Toledo, Imprenta y Librería de la Viuda e Hijos de J. Peláez, 1909.

POSADA, Adolfo

Para América desde España, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas/Librería Paul Ollendorf, 1910.

RIBERA, José Eugenio

“Viaje a la Argentina”, en Revista de Obras Públicas, vol. 58 (1910), pp. 395-398

RÍOS DE LAMPEREZ, Blanca

“Afirmación de la raza ante el Centenario de la Independencia de las Repúblicas Hispano-Americanas”, en Unión Ibero-Americana, 28 de febrero de 1910, pp. 26-34.

RIVADULLA BARRIENTOS, Daniel

La ‘amistad irreconciliable’. España y Argentina, 1900-1914, Madrid, MAPFRE, 1992.

RODÓ, José Enrique

Ariel, México, Porrúa, 1968 (edición original de 1900).

SALAVERRÍA, José María

Tierra argentina. Psicología, tipos, costumbres, valores de la República del Plata, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1910.

SÁNCHEZ ALONSO, Blanca

Las causas de la emigración española 1880-1930, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín

“La normalización de las relaciones entre España y México durante el porfiriato (1876-1910)”, en Historia Mexicana, vol. XLVIII (1999), 4, pp. 731-766.

SEGARRA, José; y JULIÁ, Joaquín

La ruta de Hernán Cortés. Pro patria, 1519-1910, Madrid, s.e., 1910.

SEPÚLVEDA, Isidro

Comunidad cultural e hispano-americanismo, 1885-1936, Madrid, UNED, 1994.

El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo, Madrid, Marcial Pons Historia/Fundación Carolina, 2005.

STORM, Eric

“El tercer centenario del *Don Quijote* en 1905 y el nacionalismo español”, en Hispania, nº 58 (1998), pp. 625-654.

TURNER, Charles

“Nation and commemoration”, en DELANTY y KUMAR, 2006, pp. 205-213.

VALDEIGLESIAS, Marqués de

Las fiestas del Centenario de la Argentina. Viaje de S.A.R. la Infanta D^a Isabel a Buenos Aires, mayo de 1910, Madrid, s.e., s.a.

VARELA, Javier

La novela de España. Los intelectuales y el problema español, Madrid, Taurus, 1999.

VARIOS AUTORES

Los baskos en el Centenario. Adhesión de la colectividad baskongada al Centenario Argentino, Buenos Aires, Tipografía “La Baskonia”, 1910.

VILLARES, Ramón, y MORENO LUZÓN, Javier

Restauración y dictadura, volumen 7 de la Historia de España dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, Barcelona, Crítica/Marcial Pons Historia, 2009.

ZULETA ÁLVAREZ, Enrique

España en América. Estudios sobre la historia de las ideas en Hispanoamérica, Buenos Aires, Confluencia, 2000.

¹ Ríos, “Afirmación de la raza”, p. 28.

² Abc, 1, 4 y 5 de abril de 1910; “Dos Españas”, Heraldo de Madrid, 3 de abril de 1910; “La reconquista de América”, El País, 16 de abril de 1910. Altamira, Mi viaje a América, pp. 5 (cita) y 263-266. Coronas, “Altamira”.

³ Abc, 6 y 24 de febrero de 1910; El País, 8 de febrero de 1910; El Imparcial, 5 de marzo de 1910; y El Liberal, 23 de mayo de 1910. Carta de la infanta Isabel a Alfonso XIII, 27 de febrero de 1910, AGP, RAXIII, C^a 12800/7. RD de 12 de abril de 1910.

⁴ Véanse, por ejemplo, El Imparcial, 20 de mayo de 1910; Abc, 8 de junio de 1910; Blanco y Negro, 22 de junio de 1910; La Ilustración Artística, 27 de junio de 1910; y La Ilustración Española y Americana, 30 de junio de 1910.

⁵ AMAE H-3489. Protocolo, misiones extraordinarias españolas 1910-1921.

-
- ⁶ El Correo Español, 27 de mayo de 1910; y Unión Ibero-Americana, 30 de junio de 1910.
- ⁷ Sobre la importancia de los viajes, puede verse Pascuaré, “Del Hispanoamericanismo al Pan-hispanismo”. La Lectura, enero de 1910; Abc, 30 de enero de 1910.
- ⁸ Sepúlveda, Comunidad cultural e hispano-americanismo, pp. 163-184. Mercurio, nº 98 (1 de enero de 1910). Dalla Corte, Casa de América de Barcelona, pp. 59-78. Revista de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, nº 1 (febrero de 1910). Abc, 20 de marzo, 10 de septiembre y 17 de octubre de 1910.
- ⁹ Las conmemoraciones han recibido bastante atención por parte de los estudiosos del nacionalismo. Algunos rasgos generales, en Gillis, “Memory and identity”; y Turner, “Nation and Commemoration”.
- ¹⁰ El discurso de Canalejas, en Unión Ibero-Americana, 30 de junio de 1910. Labra, “El americanismo en España”, p. 76
- ¹¹ Como muestra, El Mundo, 21 de mayo de 1910; y Blasco Ibáñez sobre Sáenz Peña, Heraldo de Madrid, 25 de junio de 1910.
- ¹² Sobre los proyectos regeneracionistas y la época en general, puede verse Cabrera y Moreno Luzón (eds.), Regeneración y reforma.
- ¹³ Álvarez Junco, El nombre de la cosa, pp. 54-60. Juliá, Historias de las dos Españas, capítulo 2. Varela, La novela de España.
- ¹⁴ El País, 4 de marzo de 1910.
- ¹⁵ Storm, “El tercer centenario del *Don Quijote*”; Moreno Luzón, “Entre el progreso y la virgen del Pilar”; Demange y otros, Sombras de mayo.
- ¹⁶ Cita en Rodó, Ariel, p. 37. Mainer, “‘III.- Un capítulo regeneracionista”. Pike, Hispanismo. Zuleta, España en América.
- ¹⁷ Pike, Hispanismo. Marcilhacy, “Une histoire culturelle de l’hispanoamericanisme”, primera parte, realiza un análisis en profundidad del concepto de raza, como un término polisémico que daba contenido a una *comunidad imaginada*, según la expresión de Anderson, Imagined Communities. Citas en Posada, Para América, p. viii; y Altamira, en Unión Ibero-Americana, 30 de abril de 1910, p. 14.
- ¹⁸ Sepúlveda, El sueño de la Madre Patria, capítulo 8. Marcilhacy, “Une histoire culturelle”, pp. 734-769.
- ¹⁹ La primera expresión citada es de Javier Fernández Pesquero, en Unión Ibero-Americana, 31 de octubre de 1910, p. 8. Rahola, en Mercurio, nº 103 (1 de junio de 1910), p. 213.
- ²⁰ RD ya citado, de 12 de abril de 1910.
- ²¹ Valdeiglesias, Las fiestas del Centenario de la Argentina. “Buenos Aires”, en Blanco y Negro, 21 de mayo de 1910. El País, 12 de octubre de 1910. Cita en Salaverría, Tierra argentina, p. 177.
- ²² Cita en Altamira, España en América, p. 39. Salaverría, Tierra argentina, y Abc, 3 de marzo de 1910.
- ²³ Sánchez de Toca, en Mercurio, nº 100 (1 de marzo de 1910), pp. 88-89. Camba y Mas, Los españoles en el centenario argentino, pp. 1-2.
- ²⁴ Altamira, en Unión Ibero-Americana, 30 de abril de 1910. Posada, Para América.
- ²⁵ La gratitud de Altamira a Alfonso XIII por sus atenciones puede verse en sus cartas al rey, AGP, AXIII, C^a 15986/14. José Serrano Yagüe, en El País, 25 de mayo de 1910. Morote, “Por ser federal”.
- ²⁶ Mercurio, nº 51 (1 de junio de 1909), p. 1966. Canalejas, en Unión Ibero-Americana, 30 de junio de 1910. Ríos, “Afirmación de la raza”, p. 27. Cita de Zulueta en La Lectura, enero de 1910, p. 197.
- ²⁷ Algunos ejemplos de estos juicios, en los artículos de P.M. Rodríguez H, en Unión Ibero-Americana, julio y agosto de 1908. Salaverría, en Abc, 6 de abril de 1910. Zozaya, en El Liberal, 30 de abril de 1910.
- ²⁸ Marcilhacy, “Une histoire culturelle”, pp. 1061-1077. Pérez Caballero sobre San Martín, en Abc, 17 de junio de 1910. Bolívar, en Unión Ibero-Americana, 31 de julio de 1911. Rahola y Ugarte, en Mercurio, nº 103 (1 de junio de 1910).
- ²⁹ Mercurio, nº 93 (agosto de 1909); Martín Lorenzo Coria, en nº 101 (1 de abril de 1910), pp. 158-159. Serie de artículos sobre “La independencia argentina”, por Juan Arzadun, El Imparcial, por ejemplo los de 5 y 23 de junio de 1910. El Diario Español, 17 (cita) y 25 de mayo de 1910.
- ³⁰ AMAE H-2346. Política exterior Colombia 1904/1924. Encargado de negocios a ministro de Estado, 13 de julio de 1910.
- ³¹ Las cifras, en Sánchez Alonso, Las causas de la emigración española, pp. 282, 284 y 288.
- ³² Moya, Primos y extranjeros, p. 164. Lida, “Los españoles en el México independiente”. Memoria presentada al Supremo Gobierno por la Comisión del Censo, Santiago, s.e., 1907. AMAE H-3489, Morillo a ministro de Estado, 21 de agosto de 1911.
- ³³ Moya
- ³⁴ Pérez Herrero, “Algunas hipótesis de trabajo”. Lida, “Los españoles”.
- ³⁵ Norambuena, “Inmigración española en Chile”. Navarro Azcue y Estrada Turra, “Migración y redes de poder en América”. AMAE H-3489, Morillo a ministro de Estado, 21 de agosto de 1911.

- ³⁶ Sánchez Andrés, “La normalización de las relaciones entre España y México”. Ortiz San Pelayo, Estudio sobre la Asociación Patriótica Española y Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española. AMAE H-1658 Correspondencia legación México 1902-1912. Cólogan a ministro de Estado, 12 de agosto de 1909.
- ³⁷ Ejemplos, en AMAE H-2557 Política exterior México 1905-1912, Cólogan a ministro de Estado, telegrama de 3 de mayo de 1910; y H-2358 Política exterior Chile 1901-1923, mensaje de la primera junta española de reivindicación nacional, 30 de junio de 1916. España, 2 de mayo de 1908. El Diario Español, 2 de mayo de 1910. García Sebastiani, “Crear identidades y proyectar políticas”. Moya, Primos y extranjeros. Valdeiglesias, Las fiestas del Centenario, p. 373.
- ³⁸ Moya, Primos y extranjeros. Unión Ibero-Americana, 31 de octubre de 1910. El Diario Español, 14 de noviembre de 1909. Cita en AMAE H-2315 Política exterior Argentina 1900/1918, ministro de Estado a encargado de negocios en Buenos Aires, 17 de diciembre de 1909. Otros casos, en AMAE H-1355 Correspondencia legación Buenos Aires 1907/1914, Soler a ministro de Estado, 17 de agosto de 1912; y H-1441 Correspondencia legación Santiago de Chile 1909-1919, Fernández Vallín a ministro de Estado, 18 de mayo y 21 de septiembre de 1909.
- ³⁹ El Eco de Galicia, 30 de mayo de 1910. Varios autores, Los baskos en el Centenario.
- ⁴⁰ Duarte, La república del emigrante. Calzada, Cincuenta años en América. El Imparcial (México), 9 de abril de 1910.
- ⁴¹ El Diario Español, 7-11 de mayo de 1910. García Sebastiani, “El patriotismo de los españoles”.
- ⁴² Sánchez Andrés, “La normalización de las relaciones”. El Correo Español, 6 de junio de 1910.
- ⁴³ Sánchez Alonso, Las causas de la emigración, capítulo 2. Moya, Primos y extranjeros. Salaverría, Tierra argentina. Abc, 26 de octubre de 1910. Palomo, La emigración española.
- ⁴⁴ Altamira, España en América. Posada, En América. Nuevo Mundo, 2 de junio de 1910. Francisco Grandmontagne, en El Imparcial, 14 de junio de 1910. El Eco de Galicia, 10 de junio de 1910. Mainer, “III.- Un capítulo regeneracionista”.
- ⁴⁵ Citas en El Diario Español, 24 de mayo de 1910 y en Valdeiglesias, Las fiestas del Centenario, p. 422.
- ⁴⁶ Unión Ibero Americana, febrero de 1909. AMAE H-1441, Servert a ministro de Estado, 6 de junio de 1910; H-3489, Cadagua a ministro de Estado, 3 de junio de 1910, y Cólogan a ministro de Estado, 30 de abril de 1910.
- ⁴⁷ Elguero, Discurso. Diario Español, 22 de mayo de 1910. Abc, 19 de junio de 1910. Valdeiglesias, Las fiestas, pp. 264-270.
- ⁴⁸ Sobre monumentos e identidades, véase por ejemplo Michonneau, Barcelona: memòria i identitat. Gutiérrez Viñuales, Monumento conmemorativo. Carlos Malagarriga, en Unión Ibero Americana, febrero de 1909. Monumento de los españoles.
- ⁴⁹ Colombia, en AMAE H-2346, encargado de negocios a ministro de Estado, 13 y 16 de julio de 1910. Chile, en AMAE H-1441, Servert a ministro de Estado, 30 de abril y 4 de julio de 1910.
- ⁵⁰ Venezuela, en AMAE H-3489, Morillo a ministro de Estado, 7 y 8 de julio de 1911; México, en H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 6 y 17 de julio, 9 de agosto y 10 de septiembre de 1910. El Imparcial (México), 16 de abril y 29 de junio de 1910.
- ⁵¹ Cita de Pérez Caballero, en El Diario Español, 31 de mayo de 1910. Camba y Mas, Los españoles, p. 12.
- ⁵² Abc, 18 de junio de 1910. Ateneo, tomo X (julio-diciembre de 1910). García Sanz, “Arte, arquitectura y arqueología españolas”.
- ⁵³ Cita en Camba y Mas, Los españoles, p. 99. AGP, AXIII, C^a 15592/1, informe de la Comisaría Regia de Turismo.
- ⁵⁴ Varela, La novela de España. Camba y Mas, Los españoles. Gutiérrez Viñuales, La pintura argentina.
- ⁵⁵ AMAE H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 29 de mayo de 1910. Unión Ibero-Americana, 30 de junio de 1910. Blanco y Negro, 11 de diciembre de 1910. Cita en Posada, En América, p. 72.
- ⁵⁶ Véanse, por ejemplo, Floria y García Belsunce, pp. 57-104; González, “El liberalismo triunfante”; y Villares y Moreno Luzón, Restauración y dictadura.
- ⁵⁷ Mac Gregor, México y España. Sánchez Andrés, “La normalización”. Rivadulla, La ‘amistad irreconciliable’.
- ⁵⁸ Altamira, Mi viaje. AMAE H-1441, Fernández Vallín a ministro de Estado, 8 de noviembre de 1909, y Servert a ministro de Estado, 4 y 26 de mayo de 1910 (cita en este último informe); y H-2557, Cólogan a ministro de Estado, 12 de febrero de 1910.
- ⁵⁹ El Imparcial, 26 y 29 de diciembre de 1907. Unión Ibero-Americana, marzo de 1908. Darío, en Ateneo, tomo VII (enero-junio de 1909), pp. 257-273.
- ⁶⁰ AMAE H-3489, Cadagua a ministro de Estado, 3 de junio de 1910. Abc, 10 de junio de 1910. Valle-Inclán comentó lo ocurrido en El Mundo, 19 de junio de 1910.

-
- ⁶¹ El Diario Español, 19 de mayo de 1910. Valdeiglesias, Las fiestas, sobre todo pp. 270-273 y Roldán en p. 643. Rahola, en Mercurio, nº 103 (1 de junio de 1910), p. 231. Abc, 20 de junio de 1910. Cartas de recomendación de la infanta, en AMAE H-1355.
- ⁶² AMAE H-1441, Servert a ministro de Estado, 25 de abril de 1910; y H-3489, Cologan a ministro de Estado, 16 de abril y 22 de mayo de 1910.
- ⁶³ Granados, “Visiones encontradas en la celebración de la independencia”. Cita en AMAE H-2557, Cologan a ministro de Estado, 15 de noviembre de 1909.
- ⁶⁴ AMAE, H-3489, Cologan a ministro de Estado, 2 de noviembre de 1910; y Polavieja, 18 de noviembre de 1910. Morelos, en AMAE, H-2557. García, Crónica oficial de las fiestas. Guedea, “La historia en los centenarios”. Arte y Letras, 25 de septiembre y 9 de octubre de 1910.
- ⁶⁵ Guedea, “La historia en los centenarios”.
- ⁶⁶ AMAE H-3489, Cologan a ministro de Estado, 17 de abril de 1910. Polavieja, Hernán Cortés, cita en p. 14. López Serrano, El general Polavieja.
- ⁶⁷ El Imparcial (México), 6 de abril de 1910. AMAE H-3489, informe de Polavieja, 18 de noviembre de 1910; y cita en H-2557, Cologan a ministro de Estado, 12 de mayo de 1910. Segarra y Juliá, La ruta de Hernán Cortés.
- ⁶⁸ Chile, en AMAE H-1441, Servert a ministro de Estado, 5 y 9 de agosto de 1910; y Arcos a ministro de Estado, 26 de septiembre de 1910. Venezuela, en AMAE H-3489, Morillo a ministro de Estado, 7 de julio y 21 de agosto de 1910. Unión Ibero-Americana, 31 de octubre de 1910 y 31 de julio de 1911.
- ⁶⁹ El Mundo, 29 de junio de 1910. La UIHATBC, en AMAE H-2315. Ribera, “Viaje a la Argentina”. Pike, Hispanismo, capítulo 10. Sepúlveda, El sueño. Lida, Inmigración y exilio.
- ⁷⁰ López Sánchez, “La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista”. Dalla Corte, Casa de América, 35-37. RD de 25 de abril de 1912. Mercurio, 17 de mayo de 1912.
- ⁷¹ Cita en Fernández Flórez, Impresiones de un hombre de buena fe, p. 65.
- ⁷² Moreno Luzón, “Memoria de la nación liberal”.
- ⁷³ Marcilhacy, Une histoire culturelle.